

LOS POEMAS CABALLERESCOS

Y

LOS LIBROS DE CABALLERÍAS.

VII. *

No difiere, en mi opinion, lo maravilloso del poema bizantino del maravilloso de los caballerescos occidentales de los siglos XII y XIII, ni es distinto del que adoptan y vulgarizan los autores de los libros de Caballerías en Francia ó España en los siglos XIV y XV. La tesis se relaciona con muy delicadas cuestiones de estética é historia; pero entiendo que lo maravilloso de la poesía popular del Occidente durante los siglos medios, es el maravilloso grecoasiático de los siglos I al XII. ¿Por qué? Porque esencialmente es la misma la concepcion popular de la vida y de sus leyes, en una y en otra edad, en una y otra region. La tradicion poética indo-europea se perpetúa desde los siglos anteriores á Homero y Hesiodo hasta los dias del Amadís de Gaula ó de las Sergas de Esplandian en una oleada no interrumpida, sino constante, que por varias causas y accidentes históricos va rodando de civilizacion en civilizacion, de raza en raza, de culto en culto hasta los tiempos novísimos, en los que aún no ha dominado y prevalecido la inspiracion cristiana, á pesar de los veinte siglos de la admirable y portentosa historia del cristianismo greco-latino.

No miró al escribir este juicio ni á la teología ni á la metafísica, ni siquiera á teorías sociales y políticas; no se trata de la ciencia del filósofo ó jurisconsulto, ni de los estudios de físicos ó naturalistas, en los que la concepcion y las inspiraciones cristianas en el seno de las escuelas, de las universidades y de los laboratorios, han conseguido esta ó aquella fortuna: me refiero sólo á la vida de la fantasia popular, de sus creaciones y de sus ideales, de sus temores ó esperanzas, enérgicamente representados por las bellezas características del arte épico popular de los quince primeros siglos de la era eristiana. No aludo ni discuro sobre lo que San Agustin, San Anselmo, San Abelardo, San Bernardo, Alberto el Grande ó Tomás de Aquino enseñaron y extendieron en el campo de la ciencia, endoctrinando á sacerdotes, filósofos ó legisladores; fijo la

atencion exclusivamente en la fantasia popular, foco y representacion de lo imaginado, no de lo sabido ni creído sobre el mundo y sus leyes, y sobre el eterno conflicto del bien y el mal en la vida universal de los séres.

Esta concepcion de la fantasia, ajena á la ciencia, excitada, contradicha ó rectificada por lecciones que descendían del púlpito, de la cátedra ó de la ley escrita, oscurecida y exaltada por las entusiastas predicaciones de los fanatismos heréticos, religiosos, científicos ó literarios de los siglos medios, es, en su esencia, la tradicion indo-europea, panteística y maniquea que desde la India y la Persia se desborda en varias corrientes por la Europa desde los primeros siglos de la civilizacion griega, deteniendo unas veces, ahogando otras la inspiracion cristiana.

Siempre es necesario en estos estudios volver sobre las diferencias del arte popular y del erudito, y nunca se agota el exámen de las mutuas y recíprocas influencias de una en otra de estas dos literaturas. Separadas y hostiles en varios momentos de la historia, hermanadas en otros y siempre causando y recibiendo influencias verdaderamente artísticas y decisivas las más veces, la literatura popular trae á la erudita al campo de la realidad espiritual, que vive y palpita en la conciencia de la muchedumbre, como presta la erudita á la popular tipos y representaciones tradicionales que el instinto poético de las razas trasforma, generaliza ó fecunda.

Lo maravilloso en el arte popular no es lo sobrenatural, como ya observaron estéticos eminentes. Lo natural se origina inmediatamente de la idea de Dios; lo maravilloso; no. Lo maravilloso no nace exclusivamente de una concepcion popular cosmogónica, como han entendido muchos críticos; nace, en mi sentir, de una concepcion de la fantasia, que bien puede llamarse metafísica por su asunto, de la concepcion de las leyes que gobiernan al mundo, y por término principal de la teoría del bien y del mal. La conciencia popular mira con los ojos del sentido el mundo que le rodea, é imagina las leyes que lo gobiernan, y al encontrar la oposicion, la contrariedad, las negaciones, el mal, en una palabra, que se infiltra en la naturaleza y la afea, en el alma y la corrompe, en la vida y la contraría, hiéndola con infortunios é inacabables desgracias, personifica cada uno de esos agentes y crea séres que

* Véanse los números 161, 162 y 163, págs. 353, 385 y 422.

sirvan al bien ó que procuren el triunfo del mal. En todas las formas populares de las religiones antiguas, como en las cosmogónicas legendarias de todos los pueblos, encontramos expresada la nativa creencia sobre el problema del mal y sus relaciones con el mundo y con Dios.

La triste experiencia cotidiana impedía que la vida fuera estimada de otra manera que como una incesante serie de combates, siempre renovados y nunca concluidos. Por eso, las creaciones que representan de modo sensible las fuerzas favorables y las adversas en el eterno luchar de la vida humana, las concepciones del maniqueísmo, diversamente entendidas y explicadas, constituyen el fondo perenne de la concepción popular en la historia indo-europea.

No basta la mejor y más cumplida concepción de la Divinidad, que consiguen los pueblos de Occidente gracias á las predicaciones del cristianismo, para cortar la trama de las preocupaciones populares que habían recibido por herencia de la cultura antigua y de la vida en común con otras razas. Las supersticiones que se perpetúan, significan en una forma y manera vulgar lo mismo que expresa artísticamente lo maravilloso épico en la poesía épica de los siglos medios. El pueblo procede por singulares sincretismos, y en ellos combina la noción del Dios trino del cristianismo y el amor á su ley, con creencias y explicaciones panteístas y maniqueas, que pueblan el universo mundo de entes quiméricos, y explican con su acción lo que su falta de ciencia teológica ó filosófica deja como inexplicable y oscuro.

El oficio y naturaleza de lo sobrenatural, se origina de la creencia dominante explicada por el sacerdote y vista en el templo. Lo maravilloso que envuelve y rodea á la vida humana é influye benéfica ó malignamente en los actos y empresas de los hombres, nace de ese fondo oscuro de credulidad y de exaltación que las tradiciones, las leyendas, los portentos referidos de cosas y hombres engendra y mantiene, prestando alguna luz á lo que aparece como inexplicable á los ojos de la muchedumbre. Campea con toda libertad en esta esfera la fantasía popular, y suministra al arte de los juglares y troveras los tipos y los rasgos artísticos con que estos embellecen las narraciones de sus poemas. Por estos hechos, existe el íntimo parentesco que hoy advierte la crítica entre las creaciones de una y otra edad. De la misma manera que al través de las mitologías y religiones, y al través de la historia de las lenguas, se descubre, no obstante, la diversidad, el tronco común, la noción generadora, la raíz fecunda que donde quiera germina, dando así unidad sustancial á la historia indo-europea; de igual suerte en el estudio de la fantasía popular se advierte

igual parentesco y filiación, y sus mitos y sus símbolos, sus personificaciones y sus entes imaginativos reproducen la demostración de la ley admirable que la filología y las religiones comparadas han demostrado. Cómo este heredamiento se cumple por los buenos oficios de la fantasía popular, ya en su esfera vulgar, ya en la esfera artística, es punto que atañe á la ciencia de la literatura comparada. Pero no olvidemos que si la grandiosa cultura helénica no consiguió, después del admirable florecimiento de las escuelas y de sus cultos, iluminar con la razón de sus filósofos y el dictado de sus sacerdotes los oscuros senos de la fantasía de la muchedumbre, en los que continuaron agitándose divinidades sin nombre y fuerzas misteriosas y potentísimas que recorrían el cosmos; si la cultura romana no consiguió tampoco borrar de la fantasía de las plebes tradiciones pelásgicas y etruscas de igual carácter, que las más veces reaparecían en las cumbres de la sociedad, no consiguió mejor fortuna el cristianismo en los siglos medios, por las mismas razones y por otras que hicieron aún más lenta la educación de la fantasía popular por los ideales cristianos.

El cristianismo, pasado el heroico período de las persecuciones en el que admiro á las gentes por sus virtudes, sostuvo la controversia con la ciencia antigua, con la escuela alejandrina, que en sus múltiples fases representaba la tradición greco-oriental. San Clemente y Orígenes refutan las tendencias de los neo-platónicos y el sincretismo erudito de los alejandrinos, pero quedan en su espíritu las huellas del pensamiento contrario; que nunca se cumple estérilmente en lo humano, el contacto de uno con otro espíritu. Si la Iglesia latina dirigida por San Agustín procura romper todo vínculo con la ciencia greco-latina; si secundan este movimiento los discípulos del gran Obispo, en el terreno de la teodicea, de la liturgia y de la disciplina, el mundo era greco-latino en sus usos, en sus costumbres, en sus prácticas y en sus supersticiones. Los invasores del siglo V no alteraron esta tradición popular, porque las poblaciones hispano-romanas, galo-romanas é italo-romanas eran superiores en número, en ciencia y en riqueza, y en los siglos siguientes el espíritu herético enseñó cómo se fundían en la conciencia del pueblo prácticas y tradiciones paganas con enseñanzas cristianas y doctrinas gnósticas y místicas.

Mr. Beugnot ha descrito con abundancia de noticias y curiosas observaciones la lucha de la Iglesia con la tradición greco-latina para conseguir la extinción del paganismo en Occidente, y pasa uno y otro siglo sin que la victoria sea definitiva y quede acabada la tarea. Las más veces la Iglesia transige y decora la práctica ó la costumbre pagana con un sentido místico y cristiano; pero el renaci-

miento literario que se gradua y avalora de siglo en siglo, el prestigio de las artes y de la poesía, anula el empeño de la Iglesia latina, y limita, por último, su influencia al campo de la ciencia y de la teología, hasta que el Renacimiento invade también este santuario en el siglo XV.

Esta es la marcha y ley natural de los sucesos, con tanto más motivo, cuanto que la creencia popular no advertía una oposición real ni cruda negación entre la fenomenología del cristianismo y el aspecto y visión del mundo y de la vida que se desprendía de la cultura alejandrina y neo-platónica. No se opone en el pueblo la creencia más viva, ni la fe más ardiente en los dogmas, ni la mayor exaltación en las prácticas religiosas, á esa vida de la fantasía popular, ni á la explicación sencilla, pintoresca, supersticiosa del mundo y de sus fenómenos que la muchedumbre da, en los variados trances de la vida. El credo exaltadamente repetido no impide que en el inmensurable campo de la imaginación predominen las tradiciones hermosamente misteriosas que se recuerdan, y mucho más si, como acontecía en la edad media, encuentra la fantasía analogías ó correspondencias entre las creaciones de la tradición y las doctrinas religiosas. Descubrir las contradicciones y absurdos que entraña una creencia legendaria cotejada con las naturales consecuencias de un dogma, es un trabajo erudito y lógico, impropio de la cultura popular, y no se empeñaban en él los narradores y juglares de la edad media; ni paraba mientes en semejante contradicción la muchedumbre que los escuchaba, enloquecida por el terror que la credulidad de las generaciones había transmitido de una á otra centuria.

Recorriendo el libro famosísimo de Creuzer y Guignaut, completado y corregido por los novísimos estudios de mitología comparada, la tesis recibe una demostración cumplida, que no explano porque es por demás hacedera acudiendo á las fuentes citadas. Pero si, en efecto, esto que llamo yo concepción de la fantasía popular del mundo y de la vida, originada y mantenida por la influencia sucesiva de las religiones indo-europeas hasta los sincretismos alejandrinos, constituye la médula de la historia hasta el siglo V, y esa sustancia no se pierde en la historia de la edad media, porque la renovación religiosa, debida al cristianismo, no influye, aún hoy, sino en las esferas del sentimiento y en la aristocracia de la ciencia, de la Iglesia ó del Estado, dando sólo un credo puramente teológico á las plebes, lo maravilloso que se engendre en esa concepción en los siglos XII y XIII, será, con muy ligeras variantes, el maravilloso de la vida y del arte greco-asiático.

No lo extrañemos. La influencia religiosa en la vida individual, en la inefable comunión del alma

con Dios, es súbita, rápida, rapidísima. El ejemplo heroico, la virtud sublime, la abnegación, el amor, inflaman al sentimiento, que vence á la voluntad y subyuga á la inteligencia de golpe, y se cumple un adorable misterio en el sagrado de la unidad del espíritu, con una rapidez inexplicable para el análisis; pero en el campo de la vida colectiva, la influencia instructiva de la religión es lenta, muy lenta, lentísima, como lo es siempre la influencia de las ideas en el mundo. Esta lentitud iba, de otro lado, acompañada de las incertidumbres de la Iglesia respecto á su actitud con la historia pasada. Estima unas veces que continúa la vida antigua, y en este sentido piensa y predica la Iglesia oriental; cree en otros momentos que es una radical negación del mundo que cae al otro lado del Calvario; acepta en no pocas ocasiones las formas y representaciones de la ciencia y del arte de la antigüedad; y esta duda sobre su verdadero destino, hace aún más lento el triunfo de la ciencia y de la vida cristiana.

No es de olvidar tampoco la influencia de las herejías, y muy especialmente de las doctrinas gnósticas, desde Basilides á Marco y Heraclon, que pesa con abrumadora pesadumbre en los primeros siglos de la era cristiana, tanto en Oriente como en Occidente; influencia que preocupa con razón, pintándola con vivos colores, á su contradictor el infatigable San Ireneo. Esta influencia panteísta, maniquea, idealista y quimérica de las múltiples sectas gnósticas en los primeros siglos del cristianismo, si se atenúa no se pierde en los siglos VII, VIII y IX, tomando las más veces las apariencias del misticismo del falso Dionisio el Areopagita, y revistiendo en otras las maneras de la teurgia alejandrina ó de la magia griega.

Cierto, muy cierto que la religión cristiana quiso en los días de Alberto el Grande enseñar y declarar, á la luz de los dogmas, la teología, la filosofía, la física, la historia natural, la astronomía y la meteorología, para mostrar en la vasta enciclopedia del saber humano la unidad del dogma, la verdad de la revelación; pero estas gigantescas empresas no se acometen sino en el siglo XIII, cuando ya la civilización cristiana estaba saturada de la tradición antigua, y no triunfan, porque el renacimiento de lo antiguo, el eterno atractivo de la belleza, de las letras humanas, como decía San Bernardo, que vió con toda claridad el peligro, sirviéndose de la escultura, de la pintura y de la poesía épica ó lírica, resucitaba lo muerto, reanimaba lo moribundo, traía á la memoria lo olvidado, y el encanto artístico borraba fácilmente la huella del silogismo del dominico ó apagaba la resonancia del anatema de los concilios ó del Pontífice.

No discuto ahora si el empeño excedía los limi-

tes propios y naturales de la religion cristiana en la edad media; pero es un hecho que la constante fascinacion que la antigüedad, con sus maravillas artísticas y científicas, ejerció en la Europa cristiana, y aún en sus más afamados doctores, y la tarea incesante de copiar, traducir é imitar á lo antiguo, que nunca acaba y siempre es afanosa en las escuelas y en los claustros, impidió el predominio soberano de la enseñanza cristiana en la ciencia y en la vida. El último esfuerzo, memorable y gigantesco, fué el de Alberto el Magno y su famoso discípulo. Pero ya era tarde: los trabajos de los siglos pasados daban fruto, y el Renacimiento llegaba á tomar posesion de la historia.

Las tradiciones é influencias que he recordado, por su índole, por el medio en que engendraban, que era la imaginacion de la muchedumbre, propendían á la representacion plástica y mítica de las entidades, fuerzas, leyes y accidentes que intervenían el curso de la vida, y que con sus apariciones la embellecían ó afeaban causando goces ó espantos. Los eones, el demiurgo, los genios, las jerarquías de la angeología y la demonología; las teorías de las tentaciones y persecuciones del espíritu satánico, revistiendo mil formas, crecieron rápidamente en la fantasía del pueblo, cohonestando ó trasformando las creaciones análogas del panteísmo idealista ó naturalista de las religiones sirio-fenicias, medo-persas y greco-romanas.

A todas estas concepciones preside el dualismo religioso y poético, representado por las antiguas divinidades, ó por las ideas contrarias del maniqueísmo, ó por la oposicion del Bien y el Mal, ó de Dios y Satán, que por analogía entendía como formas diversas de un solo concepto la fantasía del pueblo.

En este círculo, y bajo la influencia de pensamiento dualista que estriba en dos dioses, dos leyes, dos principios, dos fuerzas que se oponen y contradicen y revelan su contradiccion y su combate eterno en la vida de los séres naturales y en la vida humana, se desenvuelve y desarrolla la fantasía figurativa de la edad media, como se había desarrollado y crecido la de los pueblos helénicos y latinos, y de aquí que el elemento épico, la creacion plástica que ha de llenar los espacios presándole cuerpo, movimiento y accidentes, y sembrar la vida de peligros y peripecias, sea la misma en la extensa edad que comprende más de treinta siglos.

En buen hora que el teólogo y el filósofo distinguan entre la concepcion zoroástrica y la neoplatónica, entre la gnóstica ó maniquea y la cristiana, respecto al Mal en su posicion y lucha con el Bien: existen y son reales y verdaderas esas distinciones; pero á los ojos de la fantasía popular las

personificaciones épicas y grandiosas de Satán y demás poderes infernales, se confundían con las metafísicas ó mitológicas de las civilizaciones antiguas. El arte popular no se inspira en las distinciones de Pedro Lombardo, ni en los comentarios de Abelardo, sino en los entusiasmos y terrores de la fantasía colectiva, en las esperanzas y presentimientos de la muchedumbre.

No queda sin voz ni representacion en la esfera del arte de la edad media ninguno de los elementos activos de aquella civilizacion. La divina espontaneidad del arte y su santa libertad le lleva á inspirarse en cielo y tierra, en glorias y glorificaciones, como en terrores sin nombre. La teología cristiana de dominicos y franciscanos consigue el soberano triunfo de la Divina Comedia; pero continúa el maravilloso de los poemas caballerescos recogiendo y expresando las leyendas y supersticiones populares propias de la fantasía de las razas greco-latinas, aumentadas por las influencias greco-asiáticas, que las escuelas neo-platónicas, maniqueas y gnósticas difundieron de uno al otro confin de la Europa, con tal vida, que aún en las centurias posteriores, consiguieron adulterar la elevacion y el simbolismo del arte Dantésco.

Si las observaciones que preceden se ajustan con todo rigor á la verdad de los hechos, no cabe dudar que el poema caballeresco, forma segunda de la poesía épica en la edad media, nace del consorcio del elemento histórico con el de la libertad de la fantasía popular. ¡Enlace admirable que coloca á la Odisea despues de la Iliada, á las poesías del ciclo breton despues de los cantos de gesta carlovingios! En el espacio de veintidos siglos se repite la sucesion de los ciclos poéticos con una regularidad que acusa la existencia de una ley en la vida de la fantasía. Despues de los cantos heróicos de la Grecia peleando bajo los muros de Troya, las aventuras de Ulises; despues de los cantos de gesta de Carlomagno, las aventuras de Lanceloto y Ginebra, Tristan é Iselda; despues de los cantos de gesta de Digenis, el poema de las aventuras y hazañosos hechos de Akritas.

El caso no es fortuito ni de escasa importancia. La poesía heróica, el canto de gesta, oprime á la fantasía, la trae al servicio de la tradicion histórica; y es ley natural del arte la libertad creadora, por lo que de continuo propende á gozarla. El poema de aventuras y empresas fabulosas ofrece mayor campo á esa libertad, ó, por mejor decir, es la forma que crea la fantasía para narrar con toda libertad sin seguir el dictado de la tradicion oral, de la conseja ó de la crónica. Observó ya el eminente crítico L. Gautier que lo maravilloso, que apenas encuentra ocasion y momento de aparecer en el cantar de gesta, se infiltra en el poema de aventuras y crece

en el á medida que el poeta se separa de la tradición histórica. No se significa en el cantar de gesta; aparece en el poema cuando se adultera su carácter histórico, como se indica claramente en los cantos VII y VIII del Digenis; crece despues en los poemas del ciclo breton y llega á la exuberancia y á la exageracion en los libros de Caballerías; porque en cada uno de estos pasos se borra, y, por último, se pierde la realidad objetiva que dió materia á la creacion del poema heróico.

¿Pero en qué consiste y cuáles son los rasgos característicos de lo maravilloso caballeresco, considerado, yá en los poemas primitivos del ciclo breton, ya en los eruditos, ya, por último, en los libros de Caballerías?

F. DE PAULA CANALEJAS.



ALBERTO MAGNO.

Se equivocan los que consideran á *Alberto Magno* cual creador del plan de la *Catedral de Colonia*, de ese modelo más cumplido del arte gótico, de esa joya del mundo, sagrario que encierra los restos mortales de los Reyes Magos, haciendo de Colonia el iman de los creyentes, como los sepuleros de los Príncipes de los Apóstoles en la Ciudad Eterna, y la rival de la ciudad de San Márcos y de la de Santiago; pero tienen razón los que á él mismo le llaman la catedral más sublime, la estatua más bella, el cuadro más brillante, y que encuentran en su vida la poesía más hermosa en honor del Altísimo, una música que encanta así al cielo como á la tierra. Como las catedrales de la Edad Media se elevan en medio de un mar de edificios, descollando sobre todos, así tambien el beato *Alberto*, que mereció el dictado de *Magno* como cristiano, como fraile, como obispo, como predicador, como escritor, como maestro, como naturalista, como filósofo y como teólogo, y á quien el mito popular se complace en pintar, no sólo cual *Magno*, sino cual *mago*, se levanta por cima de sus contemporáneos, lo mismo que los otros héroes del siglo XIII, los Tomás de Aquino y Buenaventura, Márco Polo, Wolfran de Eschembach y Rogerio Bacon.

Muchos han escrito ya la vida de *Alberto Magno*, ese *doctor universal*, esa fuente de física y de teología. Recordaré la obra que Pedro de Prusia publicó en Colonia en 1486, la que salió á luz en la misma ciudad en 1490, debiéndose á Rodolfo de Nimega, y la que un español escribió en 1413 bajo el título de *Ludovici de Valle Oleti (Hispani) brevis de vita et doctrina Alberti Magni*. Una biografía de este gran maestro de la Edad Media la escribió tambien mi amigo Leonardo Ennen. Aprovechando

el libro en que el profesor alemán Joaquin Sighart trazó en 1857 la vida y ciencia del ilustre dominico, á quien llama el Godofredo de Bullon en la cruzada de las ideas de la Edad Media que conquistó para la Iglesia la Jerusalem de la ciencia natural, ocupada por los paganos, judíos y árabes, trataré yo de escribir para los que hablan la sonora lengua castellana la biografía del que citaba tantas veces los escritos de San Isidoro de Sevilla, y que lo mismo que los sabios árabes y judíos de España explicaba la filosofía aristotélica, y la escribiré con amor tanto más grande, cuanto que mi patria, Colonia, donde *Alberto* moraba por espacio de tantos años y donde descansan tambien sus restos mortales, fué la cuna de su grandeza, de modo que *Dante* (1) le llama *Alberto de Colonia*.

Alberto Magno vió la luz del mundo en 1193 en la ciudad de Luringa, sobre el Danubio (Suabia), siendo su padre el rico y noble señor de Bollstatt (2), que debió su nombre á un castillo distante algunas leguas de Luringa. Como la juventud cristiana de aquella edad, penetraba *Alberto* al sagrario de los estudios teológicos por el vestíbulo de las ciencias, ocupándose de los sabios escritores paganos Ciceron, Séneca, Virgilio, Ovidio y Juvenal; y para conquistar el vellocino de oro de la ciencia, el jóven hidalgo alemán salió para los campos benditos de Lombardia, estudiando por espacio de muchos años las artes liberales en la ciudad de Pádua, donde la filosofía, y sobre todo los escritos del príncipe de los antiguos filósofos, Aristóteles, le cautivaban tanto que pudo formarse más tarde la siguiente tradición, que tiene mucha gracia: «*Alberto*, dice aquel mito, se esforzaba entónces en balde en cultivar los estudios: lo que hoy había aprendido, lo olvidaba al dia siguiente, y ya quería abandonar por siempre las ciencias cuando, de súbito, vió iluminado su cuarto, apareciéndosele tres vírgenes de hermosura peregrina, llamadas María, Bárbara y Catalina. Éstas le consolaron, amonestándole que expresase sus deseos ante su Señora la Reina del Cielo. A ésta acercóse el jóven, y postrado de hinojos pidió le concediese el conocimiento vastísimo de la filosofía.—Pues bien, contestó María Santísima, se cumplirá lo que quieres; no tendrás igual en la filosofía, y yo te ampararé siempre para que no te desvíes del recto camino de la fe. Pero á fin de que conozcas que debes tu ciencia, no al esfuerzo propio de tu espíritu, sino á mi gracia, te verás, ántes de muerto, de repente privado de todos tus conocimientos, y morirás con la inocencia y la fe cándida de un niño.»

Alberto, cuyo espíritu era como el mármol, que si difícilmente se le hace tomar figuras tanto más

(1) En el canto X del *Paraíso*, vers. 94 á 100.

(2) Bollstatt, este era su apellido.

las guarda despues, dedicóse á la filosofía, porque «ésta, segun dijo un contemporáneo suyo, el general de la Orden dominicana Humberto de Romanis, es necesaria para defender la fe, pues los paganos la emplean cual arma contra ella.» Y en otro párrafo dice el mismo Humberto: «Los que desprecian los estudios filosóficos se parecen á los que, segun dice el Libro de los Reyes, no querían que hubiese herreros en Israel para que los hebreos no aprendiesen á hacer espadas ni lanzas.»

Encendido por un sermón del beato Jordano, discípulo de Santo Domingo y maestro del célebre español Raimundo de Peñafuerte, el jóven *Alberto* abandonó el palacio de mármol en que había vivido en Pádua para tomar el hábito en 1223 en la á la sazón moderna Orden de Predicadores, que cual nuevo paraíso, florecía en el mundo corrompido, y que brillando en los albores de la juventud inmaculada y en el ardor del primer y santo amor, atraía con fuerza irresistible á los corazones. Dedicóse á á los estudios teológicos en Boloña, así en la soledad de su celda como en el ruido del aula, y cuando había madurado ya haciéndose un árbol alto y peregrino, fué trasplantado á Colonia, para que allí encantase á la multitud por los ricos frutos de su sabiduría y de su virtud.

Ignórase el año en que fué mandado á la ciudad del Rhin, metrópoli del imperio teutónico, donde la Orden de Predicadores se había establecido en 1224, y sabemos sólo que por muchos años ocupó la cátedra de la escuela del convento de dominicanos de Colonia, enseñando las ciencias naturales y sagradas, y que por la luz de su doctrina, por el peso de su sabiduría, por el aroma de su piedad, daba realce á la Orden dominicana también en las ciudades de Hildesheim, Strasburgo, Friburgo y Ratisbona. Aún muéstrase en la última ciudad, en el claustro del que fué convento dominicano, la sala llamada *Escuela del beato Alberto*, y hasta la cátedra desde la cual, segun dice la tradición, vertía las semillas de la ciencia; pero los adornos de aquella cátedra se hicieron sin contradicción alguna en los siglos siguientes, pues ostentan el nombre de San Vicente, del gran Vicente Ferrer.

Despues de haber encendido por doquier nuevos focos del conocimiento y del amor á Dios, *Alberto* fué llamado en 1243 otra vez á Colonia para dirigir la Escuela de su Orden, y aunque entónces había eminentes maestros dominicanos en las Universidades de Nápoles, Paris, Salamanca y Boloña, él fué elegido para ofrecer en Colonia al angélico *Tomás de Aquino* la copa de la sabiduría viva, y para comunicarle su ciencia, como el sol presta su luz á la luna. Aquellos dos hombres tan grandes, el maestro alemán y su discípulo el descendiente de los condes de Aquino (Calabria), que ya llevaba en sí un reino ex-

tenso y misterioso de la inteligencia, vivieron en la misma casa, situada en la Stolkasse de Colonia. Y admirando la ilustración del jóven, á quien sus discípulos, á causa de su taciturnidad, habían llamado un *buey mudo*, prorumpió *Alberto* en las palabras proféticas: «Ha de levantar en la ciencia aún tal mugido, que se le oirá en el mundo entero.»

En 1245 *Alberto* fué mandado á Paris para ocupar una cátedra de la Universidad, llevándolo consigo á Tomás de Aquino, y pronto acudieron á sus lecciones príncipes, prelados y condes, ricos y pobres, regulares y laicos. Hay quien dice que por no haber en ningun edificio el número de los oyentes, el maestro había establecido su cátedra al aire libre, en la plaza llamada despues en su obsequio *Maubert* (du Maître Albert). Sobre todo, á su estancia en Paris, la metrópoli de la ciencia, deben aplicarse los versos escritos en su honor:

Cunctis luxisti,
Scriptis præclarus fuisti,
Mundo luxisti,
Quia totum scibile scisti.

En el otoño de 1248, *Alberto*, que había alcanzado la dignidad de maestro de la teología, salió con Tomás de Aquino otra vez para Colonia, volviendo á ser la lumbrera de la Escuela teológica de esta población, y segun el testimonio de un discípulo suyo, oró cada día despues de terminadas sus lecciones en todos los salterios, siendo así, no sólo un gigante en las ciencias, sino también en el arte de orar. Mientras hablaba á los sabios de su tiempo, ofreció también á los pobres el pan de la doctrina cristiana en sus prédicas populares y sencillas; pero éstas no eran sino el gracioso adorno de su vida, el dulce descanso de sus escritos filosóficos en que estribaba su gloria inmarcesible, su verdadera grandeza. Estos escritos son paráfrasis ó ampliaciones de las obras de Aristóteles, que había conocido en Paris gracias á las traducciones latinas, hechas las más segun el texto griego, las otras segun las versiones árabes de Avicenna, Averróes, y otros sabios árabes de España, que, atraídos por el brillo de los conocimientos físicos que ostenta el estagirita (1), se habían dedicado á traducir sus obras al árabe, prece- diendo en eso á los judíos de España. Lo que nuestro Schelling anhelaba para la edad presente, lo cumplió ya *Alberto Magno* para su época, dando á conocer al Occidente cristiano á Aristóteles cual representante de la ciencia natural que está en armonía con la verdad cristiana. La serie de aquellas obras que contienen al Aristóteles amplificado y cristianizado, la inauguran los escritos *lógicos*, siguen los números escritos referentes á las ciencias naturales, llevando el título de *Física*, y á ellos se

(1) Aristóteles.

asocian los libros relativos á la *metafísica* aristotélica. Además explicó *Alberto Magno* los escritos del beato Dionisio Areopagita, referentes á la *jerarquía celestial*, á la *jerarquía eclesiástica*, á los *nombres divinos* y á la *teología y ciencia místicas*, escritos que, como complemento de la revelación bíblica, ejercieron una influencia poderosísima sobre la Edad Media, á causa del encanto de lo místico que tienen. Asombra una actividad tan grande en un hombre consagrado también á la enseñanza y á la oración; y como prueba de que se parecía á un árbol que da frutos centuplos, citaremos también sus *Comentarios de las sentencias de Pedro Lombardo*, es decir, las explicaciones del libro en que el profesor de la teología, y después obispo de París, Pedro de Novara (Lombardía), había resumido en el siglo XII las doctrinas de la Iglesia cristiana.

El nombre de *Alberto Magno* se hizo la tabla en que el pueblo escribía todo lo peregrino, todo lo extraordinario, todo lo misterioso. *Arte Albertino* se llamaba la arquitectura gótica, según dijo el señor Heideloff, y á *Alberto* le atribuyen un cuento de origen bastante moderno, la gloria de haber trazado la planta de la prodigiosa, de la incomparable *Catedral de Colonia*; pero no como fruto de su propia meditación, sino cual don de la Madre de Dios. «Siendo el arzobispo Conrado de Hochstaden, dice la Crónica coloniense, extremadamente rico en oro, plata y pedrerías, empezó á edificar cosas grandes y preciosas y colocó la primera piedra á la fábrica grandiosa y eterna, la catedral.» Y, según añade el mito, *Alberto*, encargado por el arzobispo de trazar el plan, estaba un día solitario en su celda orando para que le iluminase Dios á fin de que pudiese llevar á cabo aquella obra destinada á la gloria del Eterno. De repente se vió rodeado de un esplendor peregrino. Cuatro hombres se le acercaron, vistiendo trajes talarés blancos y llevando sobre las cabezas coronas de oro, brillantes cual pedrerías. El primero, un anciano severo, ostentando una barba blanca que desmayaba sobre el pecho, llevaba en la diestra un compás; el segundo, un tanto menor de edad, tenía una escuadra; el tercero, un hombre robusto, de barba negra y crespa, ostentaba un bastón de medida, y el cuarto, un adolescente de abundantes rizos blondos, llevaba una balanza. Con pasos pausados y solemnes avanzaron aquellos hombres, siguiéndoles llena de hermosura celestial la Virgen Santísima, llevando en la diestra un tallo de azucenas, adornado con blancas flores. Y los cuatro maestros empezaron, según les mandaba la Virgen, á trazar el plan de una fábrica majestuosa. Ya formaron las líneas brillantes en esplendor de estrellas un conjunto sublime, cuando la aparición peregrina desapareció ante los pasmados ojos de *Alberto*; pero el cuadro de aquella fábrica trazada

por los cuatro maestros coronados, los patronos de los canteros, quedó grabado en su alma, y pudo ofrecer una planta que coronó los deseos más atrevidos del arzobispo (1).

Pero no añadamos á la diadema tan rica y pura de nuestro maestro una perla que no es suya: la planta de la catedral de Colonia no pudo hacerla sino un arquitecto que había examinado y comparado las fábricas góticas entonces existentes en Francia, un maestro que se había ocupado exclusivamente del arte gótico para poder sobrellevar aquellas fábricas. Si es mito, pues, aquella tradición, no lo es, hecha abstracción de algunas exageraciones, la que se refiere á la visita que el rey de Alemania, el joven Guillermo de Holanda, hizo á *Alberto Magno* en Colonia á principios de 1249, visita de la cual habla ya un contemporáneo del ilustre dominicano. Dice el cuento que refería primero Juan de Beka en 1346: «El día de la Epifanía el rey Guillermo, acompañado de un séquito espléndido de caballeros y empleados, entró en el modesto convento dominicano para visitar al Padre *Alberto*, cuya fama como gran filósofo y teólogo se extendía por el mundo. Vió con asombro en la celda del sabio cantidad de aparatos que éste le explicaba con elocuencia suma, y aumentóse su asombro cuando *Alberto* le invitó á tomar en aquel día tan frío de Enero un retresco en el jardín del convento, no pudiendo creer los que rodeaban al Rey sino que el monje quisiese burlarse de él. Pero el Rey, ansioso de conocer el arte de *Alberto*, le siguió al jardín, y los suyos hicieron lo mismo. ¡Qué sorpresa tan grande! Al pisar los umbrales, olvidando las pálidas horas del invierno, respiraron de repente auras vernaes y perfumes encantadores. Millares de plantas peregrinas estaban floreciendo llenas de galas de Mayo; miles de flores despleaban sus pintados cálices y exhalaban los aromas más suaves. Los árboles se cubrían de las flores más ricas y daban en breves minutos copia de maduros frutos. Numerosas aves luciendo su voz en armoniosos trinos, se mecían sobre las coronas de las flores y saltaban por las ramas, dando al jardín la vida más fresca y lozana. Y mariposas brillantes, ora se cernían sobre las dulces flores, ora formaban caprichosos círculos. Risueñas cascadas derramaban sus rayos por el aire, y la refracción del sol producía un prodigioso juego de colores. Todo respiraba una vida encantadora, y la naturaleza entera brindaba todos sus atractivos en breves momentos. *Alberto* no dejó tiempo á sus huéspedes para que saliesen de su sorpresa, sino que los invitó á sentarse y

(1) Los patronos de los canteros se llaman Claudio, Castorio, Sinfioriano y Vicostrato, y son conocidos con el nombre de los «cuatro mártires coronados.» Son cuatro canteros que, cual mártires de su fe, murieron bajo Diocleciano.

contentarse con lo poco que les pudiese ofrecer su jardín. Pero ¡qué grande fué su asombro al hallar allí una comida que era digna de la cocina de un rey! Niños hermosos sirvieron, sin que se hubiera visto de dónde llegasen aquellos manjares deliciosos. Pero apenas habían dado las gracias al Señor después de terminada la comida, desapareció el risueño cuadro, y la asamblea se encontró otra vez en la realidad fría, en la naturaleza yerta del invierno.»

Explícate esta tradición por haber *Alberto* probablemente establecido en el jardín del convento dominicano de Colonia un invernáculo y haber fabricado figuras mecánicas de pajaritos que podían producir algunos sonidos.

En cuanto á los aparatos que usaba *Alberto Magno*, dice otra tradición que creó un autómatas que pronunciaba la palabra Salve, y efectivamente habla en sus escritos de aquellos autómatas con exactitud tanta, que no podemos menos de creer que él mismo haya usado figuras semejantes para sus estudios físicos.

Sea eso como quiera, *Alberto* tuvo la satisfacción de acompañar al rey Guillermo á Utrecht sobre el Rhin, donde éste, agradeciendo la acogida hospitalaria que había hallado en Colonia, ofreció una hermosa casa como convento á la Orden dominicana. Y *Alberto*, que brillaba cual estrella por la Iglesia entera, y que puede considerarse cual otro Santo Domingo, cual segundo fundador de la Orden de Predicadores en Alemania, fué nombrado en 1254 provincial de aquella Orden, y todos los viajes de visitación los hizo andando en el caballo de San Francisco, llevando el palo en la mano y mendigando para alcanzar el pan cotidiano de puerta en puerta cual amante de la pobreza evangélica. Obedeciendo el mandamiento del Padre Santo, salió hasta para la lejana Polonia para extirpar allí los últimos restos del paganismo, y él fué también el mensajero de Dios, el ángel de paz en las guerras del arzobispo de Colonia contra los colonienses, logrando por su elocuencia conjurar las borrascas políticas y extinguir la guerra civil en la ciudad sagrada del Rhin, donde en medio del estruendo de las armas continuaba escribiendo en su celda. Cuando se dirigieron acusaciones, cuando se lanzaron cargos contra la Orden de Santo Domingo, el gran *Alberto* los repelió con su elocuencia arrebatadora, como lo hizo en Anagni (Italia) en 1256 ante el papa Alejandro IV, que le encargó también explicar el Evangelio de San Juan ante la Asamblea más sublime del mundo, el mismo Papa y los Cardenales. El que no estimaba más la tiara y el báculo pastoral que el baston del monje, fué levantado en 1260 por el papa Alejandro IV á la dignidad de obispo de Ratisbona, aquella ciudad que se vanagloriaba de San Emmeran.

Alberto depuso el hábito monacal, sí; pero no sus sencillas costumbres. Se le veía en sus viajes de visitación ir á pié, mientras una bestia de carga llevaba sus ropas y sus libros. Se desvelaba para encender y aumentar la vida eclesiástica de sus diocesanos y para aliviar la suerte de los pobres, que son como la familia de Jesús, el séquito del Señor. Y tan brillantes eran los resultados económicos de su gobierno, que dicen los biógrafos: «*Alberto* realizó lo que dijo Ciceron acerca de Thales y Plinio, acerca de Demócrito: un filósofo, cuando quiere, puede hacer también oro.»

Para evadirse al estruendo de la ciudad se refugió á menudo en el solitario castillo de Donaustauf, cuyas ruinas se encuentran enfrente de la *Walhalla*, que ostenta el busto de *Alberto* como el de uno de sus varones más gloriosos. El que sabía así tratar al Eterno como Moisés en el monte de la contemplación, como gobernar al pueblo en los valles de la vida, escribió en la soledad de Donaustauf, en 1261, su notable *Comentario del Evangelio de San Lucas*. Pero el peregrino ministro del Señor, el venerable anciano que gobernaba la Iglesia de Ratisbona con tanta sabiduría, no se libró hasta en la soledad de Donaustauf de las calumnias de los que le llamaron *nigromante*, diciendo que su ciencia toda emanaba de una fuente impura, del trato de espíritus malos. Apuró con resignación evangélica el cáliz amargo de los calumniadores; pero la dignidad arzobispal, que le obligaba á llevar en una mano el báculo pastoral y en otra la espada, cual príncipe del Imperio alemán, le parecía más y más un ascua que ansiaba arrojar lo más pronto posible para volver á las soledades recónditas y pobres de la Orden dominicana. Al fin el papa Urbano IV accedió á las instancias de *Alberto*, y éste, con la alegría del ave que después de largo cautiverio logra la libertad, bajó en 1262 de la sede de Ratisbona, volviendo á la tan querida como humilde vida monacal. No le esperaba la quietud, sino que pronto le vemos cual otro San Bernardo peregrinar de población en población como predicador de la Cruz. Descansó de sus esfuerzos en 1264 en el templado clima de Würzburg.

Quizás entonces escribió su *Comentario del Evangelio de San Marcos*, y su libro *La mujer fuerte*, que es la Iglesia del Señor.

En 1269 regresó á su querida Colonia, siendo recibido con manifestaciones de júbilo por todas las clases de la población, y otra vez sus huellas fueron huellas de paz en medio de un tiempo revuelto por las pasiones y las guerras continuas. Volvió á su celda queridísima, que amaba cual una cámara nupcial, y continuó dando lecciones y escribiendo libros. Quizá entonces nacieron sus *Comentarios de los salmos*, de los *Lamentos de Jeremías*, de las

Profecías de Daniel, de Baruch y de los Profetas menores y del Apocalipsis, y al acercarse la época en que desde el país de la fe había de pasar al de la bienaventuranza, nacieron indudablemente sus escritos referentes al asunto más sublime de la investigación cristiana, es decir, el *Sacramento de la Eucaristía*, en que *Alberto*, para usar la frase de un biógrafo suyo, se parece casi al discípulo que estando cerca del Señor escuchaba sus misterios. En aquellos preciosísimos escritos y prédicas relativos á la Eucaristía, cita también el hermoso verso de Virgilio:

«*Omnia vincit amor et nos cadamus amor,*»

y á veces él mismo expresa sus pensamientos en forma poética, por ejemplo, cuando dice:

«*Rex sedet in coena turba cinctus duodena,
Se tenet in manibus, se cibat ipse cibus.*»

El mayor sabio de su tiempo se complació también en pasearse en el jardín del convento dominicano de Colonia entonando himnos á la Virgen, que llama «la cámara del Verbo, el tálamo del Novio eterno, el palacio del Hijo de Dios, el lecho de toda la Santa Trinidad y la fábrica del Creador del mundo.» A él se debe también un *Marial*, obra relativa al Ave María, pareciéndose á una poesía escrita en prosa en obsequio de la Reina del Cielo, y además se le atribuye una *Biblia Marial*, conteniendo una explicación de todos los párrafos de la Escritura Sagrada que pudiesen referirse á María Santísima.

En aquel tiempo en que todas las ciudades rivalizaron en erigir nuevas iglesias, el anciano *Alberto* había de abandonar con frecuencia su asilo de Colonia para consagrar templos en razón de su dignidad arzobispal, y dice una inscripción en la iglesia de los regulares de Nimega:

«*Albertus Magnus templum sacravit ut agnus.*»

Como el rey David no descansaba antes de haber construido un templo digno del Señor, nuestro *Alberto* cuando tenía ya setenta y ocho años de edad, edificó á sus expensas, según dijo en su testamento, el coro de la iglesia de los dominicos de Colonia, en cuyo centro encontró su última morada.

Entretanto, el 7 de Marzo de 1274 falleció Tomás de Aquino, el que por tantos años había bebido la uente de la ciencia al lado de *Alberto*, y éste derramó lágrimas abundantes, y siempre que oía pronunciar el nombre de su gran discípulo, que había casi eclipsado la gloria del maestro, lloraba prorumpiendo en las palabras: «¡Él fué la flor y el adorno del mundo!» Y cuando corría fama de que los escritos de Tomás iban á ser impugnados, salió, á pesar de su senectud, para París á defenderlos, y subiendo á la cátedra de los dominicos, dijo:

«¿Qué le importa al vivo ser alabado por los muertos?» Así al difunto Tomás le llamaba el único vivo, llamándose muerto á sí propio.

Los antiguos biógrafos dicen también que *Alberto*, haciendo las veces de Tomás, asistió al Concilio de Lyon de 1274, hablando en el Consistorio ante el papa Gregorio X en pró del nuevo Rey de Alemania, el noble Rodolfo de Habsburgo, á fin de que el Papa moviese á D. Alfonso de Castilla á que abdicase la corona del país que jamás había visto, lo que efectivamente hizo el Papa.

Después de terminado el Concilio, escribió *Alberto* en Colonia su gran obra teológica *La suma de la teología*, que se parece á una catedral gótica creada por aquel siglo glorioso. Además escribió un opúsculo *De la manera como se ha de adherir á Dios*, siendo este libro, en que el autor se deshacía de todo lo terreno para unirse sólo al Creador, la corona de sus obras, el último producto de su mágica pluma.

Hace casi treinta años, el profesor Schmeller tuvo la fortuna de encontrar en la Biblioteca real de Munich la copia del testamento que escribió *Alberto Magno* en 1278. Dijo en aquel testamento que quería descansar cerca de los frailes del convento de Colonia, y á éste le legó su biblioteca, y su ornato á la sacristía, y sus riquezas, oro, plata y pedrerías las destinó para que de su importe se concluyese el coro del convento, cuya planta él mismo trazó, según creyeron los escritores que escribieron doscientos años después de muerto el gran *Alberto*.

Este perdió de repente la memoria, tres años antes de su muerte, cuando hablaba, como solía, en su cátedra del convento de Colonia, cumpliéndose así la profecía de la Virgen de que habla el mito: «Para que no vaciles en la fe, olvidarás en tus postrimerías toda ciencia filosófica.»

Después de aquel suceso en el convento de Colonia, dicen los escritores de esta ciudad que *Alberto* se deshizo enteramente de todo lo terreno, y que un día, cuando el arzobispo de Colonia, Sigfredo, llegaba á su celda para visitarle, y llegaba á la puerta preguntando: «¿*Alberto*, estás aquí?» éste no abrió, sino que contestó: «*Alberto no está más aquí*, sino que estuvo aquí.» Al oír eso el arzobispo, se echó á llorar, repitiendo á los suyos las palabras: «*Alberto no está más aquí!*» Sí, *Alberto*, después de haberse esforzado en la tierra en enseñar, en predicar, en escribir, en ejercer todas las virtudes, no quería contemplar más que la patria eterna, y era ya como un habitante del Cielo. Cada día visitaba el sepulcro que se había elegido en su querida Colonia, y oraba en sufragio de su alma, como si hubiese ya muerto. Sentado en su celda y rodeado de los frailes, el fénix de los maestros devolvió su alma á Dios el 15 de Noviembre de 1280. Le colo-

caron en un féretro de madera y le enterraron en el coro de la iglesia del convento dominicano de Colonia, á la sombra de la cruz.

En 1482 fué colocado en un sarcófago magnífico; pero la iglesia en que descansaba fué derribada á principios del siglo actual, siendo sustituida por un cuartel de artillería; y cuando abrieron el sarcófago, el cuerpo del que fué *Alberto Magno* se hizo polvo, mostrándose conservado sólo el ornato y una parte del báculo. Estas reliquias se trasladaron á la iglesia de San Andrés de Colonia. Aún se muestran en la sacristía de esta iglesia la casulla, la estola y el manipulo de Alberto. El arquitecto de la ciudad de Colonia, Sr. Weyer, ofreció por los años de 1860 un féretro gótico para que en él descansase el polvo del inolvidable maestro de Colonia, y las damas de esta poblacion se dedicaron á decorar aquel féretro, donde ya descansa en la iglesia de San Andrés.

¡Qué de ciudades han rivalizado en celebrar á nuestro héroe! Su retrato se ve en una torre que se halla en la ciudad de Lauinga, y su busto lo ostentan Pádua y el coro de la catedral de Orvieto, y su imagen existe tambien en el claustro de San Marcos de Florencia; debiéndose aquella pintura al fresco, en que Alberto Magno de Alemania aparece al lado de Inocencio V, de San Raimundo de Peña-fuerte, de San Vicente Ferrer y de otros ilustres dominicos, al seráfico Fiésole.

Al que ya en vida fué llamado *Magno* y de quien dijo la Crónica belga:

«Albertus Magnus, magnus in magia, mayor in philosophia, maximus in theologia,» le cantaron los vates y le celebraron los escritores, comparándole el historiador bávaro Aventiño con Varrón, el historiador universal, y el gran Alejandro de Humboldt le dedicó frases llenas de admiracion como al hombre ilustradísimo y á una figura magnífica de la Edad Media.

Los mayores honores se los dispensó la Iglesia, llamándole *beato* en 1622.

Para concluir, añadiré una palabra acerca de sus escritos. Estos se publicaron por Pedro Jammy en 1651, y se componen de 21 volúmenes de á folio, documentando á su autor cual escritor más universal y fecundo del orbe. Él fué el primero que dió á los escritos de Aristóteles una forma accesible para el amante de los estudios, corrigiéndolos, explicándolos y aprovechando para eso los escritores ulteriores, así los cristianos como los árabes; pero por ser admirador del gran filósofo estagirita, no fué por eso su mono, sino que no calló los errores de Aristóteles. Llamen la atencion tambien los siguientes escritos de Alberto Magno: *De natura locorum*, que es un resumen de sus conocimientos geográficos, conteniendo la geografía fisico-política del siglo XIII; su *Speculum astronomicum*, y sobre

todo su obra *De plantis*, que le asegura un puesto privilegiado en la historia de la botánica, pues ántes de él no había ningun botánico que pudiera compararse con él, excepto Teofrasto, á quien Alberto Magno no conocía. Asimismo en la zoología tuvo conocimientos sorprendentes, segun demuestran sus 26 libros referentes á los animales, siendo los 19 primeros una paráfrasis de los escritos de Aristóteles, y los siete últimos un complemento de estos hecho por el mismo Alberto, que al escribirlos aprovechaba tambien á los escritores árabes. Pero por grande que fuese el celo con que se sumergía en las ciencias naturales, en las matemáticas, en la lógica y metafísica, en la política y ética, su espíritu moraba con predileccion en los ámbitos inmensos y peregrinos de la teología, esa reina de las ciencias, y si peregrinaba tanto tiempo por las esferas de las ciencias naturales, era sólo para defender y glorificar la ciencia sagrada, la *teología*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 29 de Marzo de 1877.

LA COLONIZACION EN LA HISTORIA

POR D. RAFAEL M. DE LABBA. — (DOS TOMOS.)

I.

Dice con sobra de razon un publicista contemporáneo de la vecina Francia, que «uno de los fenómenos más curiosos y ménos estudiados de la vida de las sociedades modernas es la colonizacion.» Ningun otro acontecimiento social ó político le supera en importancia, y, sin embargo, son muy escasos en número los espíritus investigadores que se consagran al estudio del origen y vicisitudes de la colonizacion: muy pocos los que dedican al examen de los múltiples problemas que se relacionan con la formacion de nuevas sociedades, toda la atencion que merecen.

En el orden social se distinguen las colonias por cierta originalidad en las costumbres, que nace de la lucha permanente con la naturaleza; en el orden político, y como resultado de las viriles cualidades que despliegan los pueblos jóvenes, engrandecidos y dignificados por el trabajo, descuella por cima de todos los sentimientos y de todas las pasiones el amor á la libertad; en el orden económico establecen nuevas corrientes, abren nuevos cauces que atraen las riquezas del mundo entero, y, ensanchando el círculo de las relaciones comerciales, contribuyen poderosamente al rápido desenvolvimiento de la industria y del comercio. Todos estos son efectos de la colonizacion, que se convierten en causas de muy importantes y trascendentales

fenómenos sociales, políticos y económicos, al reaccionar sobre los pueblos colonizadores. Y del choque de las ideas, de la oposicion de intereses, de la contradiccion, que es fuente de todos los progresos, arranca un período riquísimo en acontecimientos y esmaltado con todas las grandezas de la edad presente.

El Sr. Labra, infatigable campeón de la idea liberal, conociendo perfectamente el alcance de esos problemas, que ha tratado en más de una ocasion con alteza de miras y siempre con reconocida competencia, acaba de dar á la estampa un precioso libro que lleva por título *La colonización en la historia*. Acaso el título no responde con exactitud al objeto de la obra, pues algo más abarcan las disquisiciones del Sr. Labra que la historia de las diversas fases que ofrece la colonización. Los capítulos ó lecciones que consagra al establecimiento y al desarrollo de la gran República norte-americana, se relacionan íntimamente con el fin que el escritor se propone, pero van más allá de lo que el título indica. Lo mismo podemos decir de los interesantes y extensos capítulos que dedica á las repúblicas del Sur y del Centro de América y al Imperio del Brasil, que conservan el carácter de nuestra raza y habrán de ocupar en día no lejano un lugar muy distinguido en el concierto de las naciones civilizadas.

Aunque la península ibérica no tuviera más títulos á la gratitud universal que el descubrimiento de América y los atrevidos viajes que hicieron las carabelas de nuestros navegantes hasta doblar el cabo de las *Tormentas*, con lo cual perdió ese terrible nombre, cambiándolo por el de *Buena-Esperanza*; aunque no tuviéramos otras glorias que ostentar, ni más hechos de que envanecernos, que los incomparables de haber transformado el mundo con el descubrimiento de nuevos caminos á las *Indias Orientales*, y con la revelacion de que en la soledad de los mares existían deliciosas islas y magníficos continentes, en donde la vida y las riquezas se ofrecían con exuberante prodigalidad, sería más que suficiente para reservar á esta gran nacionalidad ibera uno de los primeros lugares en la historia de la civilización. Verdad es que no hemos alcanzado las ventajas á que nos daban derecho el descubrimiento y la conquista de tan dilatados dominios. Otros pueblos, sin iguales títulos, y habiendo hecho menores sacrificios, obtuvieron más beneficiosos resultados. ¿Cuáles fueron las causas? ¿De dónde procede esa que para algunos es una injusticia histórica, y que en realidad dimana de nuestros actos ó de nuestras faltas, tomando el carácter de un severo castigo histórico? El estudio de esas causas, el análisis de las faltas cometidas, así como el fiel relato de los grandes merecimientos contraídos, no

tan sólo por nuestros atrevidos navegantes y por nuestros legendarios guerreros, sino por insignes gobernantes y administradores, pues registra nombres gloriosos en la esfera del gobierno nuestra historia colonial, constituyen parte muy principal del libro del Sr. Labra.

Se remonta en sus investigaciones á los tiempos de Grecia y Roma. Señala en la colonización griega el rasgo característico de la iniciativa individual, que le dió tanta fuerza de expansion y convirtió las colonias griegas en centros del saber y de la prosperidad. Observa que la colonización romana va impregnada del espíritu de dominacion que resalta en todos los actos del pueblo-rey: y sin embargo de que llevaba el colono romano inherentes á su personalidad los más preciados derechos entre los que figuraban el *connubium*, el *commertium* y la *factio testamenti*, nunca las colonias romanas llegaron á tener la importancia de las colonias griegas. Todo lo que nace de la accion libre del individuo es fecundo en consecuencias y coopera muy eficazmente al progreso de la civilización. Las obras del Estado aparecen con mayores proporciones y con mayor grandeza en los primeros momentos, porque se concentra más la accion; pero las obras del individuo, que difunden la vida por todas partes, que empiezan modestamente y se extienden en variedad de direcciones, que atienden á las lecciones de la experiencia, y se adaptan á las exigencias de la naturaleza, constituyen el tejido de los grandes progresos de la humanidad. Por eso las colonias griegas fueron como la semilla de la civilización helénica esparcida con mano generosa, á diferencia de las colonias romanas que dominaron en los lugares donde llegaba el poder de sus armas; pero que no desplegaron la fuerza creadora que anida en las instituciones destinadas á infiltrar su espíritu en la sociedad.

La historia de la colonización, á partir del siglo XVI, adquiere una importancia excepcional. Cuando el descubrimiento de la pólvora y el de la imprenta vinieron á introducir profundos cambios en la manera de ser de los ejércitos y á comunicar vigoroso impulso al movimiento intelectual; cuando el renacimiento, de una parte, y la reforma protestante, de otra, agitaban los espíritus, ponían en conmocion á los pueblos, encendían la guerra y preparaban la humanidad á una de las más grandiosas evoluciones, apareció en medio de los mares un nuevo mundo, y entre los seculares bosques, que recorrían pueblos salvajes, olvidados de una civilización que dejó testimonios de su existencia en aquellas grandes soledades, ó en campos y riberas que causaban por su feracidad el asombro de los europeos, plantaron sus tiendas y no tardaron en levantar magníficas ciudades los que

por causa de religion, por amor á las aventuras ó en busca de la comodidad y de las riquezas, dejaban el suelo patrio y atravesaban el Océano, desafiando todo linaje de peligros. La fundacion de los nuevos pueblos que se alimentaron con nuestra sávia, y que, organizados al amparo de nuestras instituciones, las trasformaron, dándoles mayor vitalidad, obra es de las naciones que se regeneraron durante los siglos XVI, XVII y XVIII, segun fueron entrando en la corriente de las ideas modernas, ó degeneraron á medida que se mostraban refractarias á su influjo. Y era necesario que se reflejara el carácter de cada nacionalidad respectivamente en las colonias, y que predominara en unas el espíritu de iniciativa individual, miéntras que en otras se hiciera sentir con mayor fuerza la accion del gobierno.

Así vemos que las colonias de España y Portugal nacen y se desarrollan bajo la accion y con los recursos del Estado, y se distinguen desde el principio por la unidad de pensamiento, por la subordinacion jerárquica y por la absorcion del poder metropolitico. Las colonias anglo-sajonas sobresalen por la libertad de sus movimientos, por la espontaneidad de su accion, por la confianza que cada uno tiene en su propio esfuerzo, y por la tenacidad, que no es peculiar de una raza ó de algunos pueblos, sino cualidad que se desarrolla con el ejercicio de la libertad, y merced á los hábitos que adquiere el hombre sujeto á la moralizadora ley de la responsabilidad.

Cuando los gobiernos toman por norma la paternal autoridad del jefe de una familia, y llevan, ó pretenden llevar á todas partes condiciones de prosperidad ó remedios que atajen los males de la comunidad, se enerva la accion del individuo, que se convierte en causa de perturbacion, si para algo se mueve, en vez de formar parte de armónicas combinaciones. Y son más perniciosos que en ninguna otra sociedad los efectos de esa ley en el régimen de las colonias, porque estas han de constituir pueblos independientes, y el procedimiento único para aprender á gobernar es la práctica, la direccion de sus propios negocios, á condicion de tocar siempre los resultados prósperos ó adversos de cuantos actos se ejecuten.

Con sentido imparcial, aunque marcadamente simpático á la política colonial de España en la segunda mitad del siglo XVI, en todo el siglo XVII y en una pequeña parte del XVIII, sigue paso á paso el Sr. Labra los brillantes acontecimientos de nuestra historia en los dominios de Ultramar, que forma visible contraste con la decadencia rápida de la metrópoli en aquellos tiempos. Reinaba el hechizado ó el imbécil Carlos II, cuando se publicó la celebrada recopilacion de las *Leyes de Indias*. De

los tiempos de Carlos I eran las *Leyes Nuevas*, que prohibían la esclavitud de los indigenas, dando con esto principio á la série de humanitarias disposiciones en favor de los indios, que tanto honor hacen al carácter español. Fueron entónces al Nuevo Mundo, pasado el grandioso á la par que turbulento período de la conquista, eminentes hombres de Estado como D. Pedro de la Gasca, D. Francisco de Toledo, D. Luis de Velasco, vireyes dotados de extraordinarias condiciones para el Gobierno, quienes con sus ordenanzas y muy principalmente desplegando una política tan conciliadora como enérgica, prestaron servicios inapreciables al progreso de la colonizacion.

Uno de los aspectos que más cautivan al Sr. Labra en nuestra historia colonial, es el que ofrecen las *Leyes de Indias*, á cuyo exámen consagra muy atinadas reflexiones. Resalta en ellas un espíritu de generosidad, que es digno de todo elogio. Es en verdad merecedora de singular encomio la legislacion de España en el Nuevo Mundo. La proteccion que se dispensa al indio, el cariño verdaderamente paternal con que la ley española cuidaba de los intereses y de la felicidad de una raza inferior, sujeta al imperio de nuestras armas, dan clara idea de la elevacion de sentimientos, de la verdadera grandeza de este pueblo, tan maltratado por escritores que desconocen su historia. El libro del señor Labra es ántes que todo una reivindicacion de nuestras pasadas glorias en Ultramar, ofrecidas como ejemplo á los propios y como defensa ante los extraños de lo que España fué como nacion colonizadora. Para conocer el libro, para comprender lo que vale, es necesario leerlo. No es posible apuntar siquiera en una rápida reseña la variedad de cuestiones que trata; no es posible penetrar en análisis como el que hace, por ejemplo, de los hechos y causas que determinaron la emancipacion de las colonias hispano-americanas. Ver cómo se prepararon y fueron desenvolviéndose los acontecimientos; de qué manera «la causa de aquel poderoso movimiento fué una, esencialmente política,» como dice el Sr. Labra, interna, y no accidental ni dependiente de la situacion en que España se encontraba, es asunto de interes sumo para la historia y aún para dar solución á problemas que embargan el ánimo, y que allende los mares se plantearon con saña increíble. Así es que la publicacion del libro del Sr. Labra es de la mayor utilidad. Viene muy oportunamente á llamar la atencion de los hombres ilustrados, del público inteligente, sobre cuestiones y sobre acontecimientos que afectan hondamente al porvenir de España, y que reclaman, más que enérgicos arranques, discrecion, prudencia y sabiduría. Es inútil cerrar los ojos cuando el peligro existe. Ante el peligro, cabalmente, se ha de mirar

con atención el caso, para adoptar las resoluciones más convenientes. Por eso el estudio de *La Colonización en la Historia* es de innegable oportunidad.

II.

Entiende el Sr. Labra que *la América del siglo XVII será eternamente nuestro orgullo, nuestra gloria*. Es indudablemente el período de mayor brillantez, el período en que mayor lustre alcanzan los vireyes de España, aquel en que se recopilaron las *Leyes de Indias*, tan notables por los levantados propósitos, de que daban ostensible muestra. Pero aquellos tiempos fueron también los de mayores restricciones comerciales, y aunque era muy plausible en cierto modo el intento de equiparar las Indias á los reinos de Castilla ó de Leon, dándoles leyes y estableciendo un orden de gobierno, lo más conformes y semejantes que ser pudieran á las leyes y gobierno de España, es lo cierto que aquel sistema adolecía de un vicio trascendental, cual era el exceso de gobierno: el estar demasiado subordinadas las colonias á la dirección y administración de la metrópoli. Y mientras las colonias tuvieron sus cabildos ó corporaciones municipales y ordenanzas, que respondían á las necesidades de cada localidad, el régimen colonial de España podía entrar en honrosa comparación con los de otras naciones. Mas cuando se cercenó el régimen municipal en las colonias y se cerró el período legislativo para las Indias, quedando inmovilizado todo en países llamados á incesante renovación, empeoró visiblemente la situación política de las colonias, al mismo tiempo que mejoraban económicamente, merced á otras circunstancias.

«Para el bien ó acrecentamiento de la gobernación, tráfico ó comercio de las Indias,» habían adoptado los Reyes Católicos muy importantes disposiciones, entre otras la de establecer en Sevilla una Casa de Contratación, que tenía el privilegio de registrar los cargamentos y despachar los buques destinados al Nuevo Mundo. Los Gobiernos de entonces temían que no hubiese comercio con las Indias, ó que se hiciera en muy malas condiciones si no tomaban de su cuenta operaciones de tamaño interés para el establecimiento y progreso de las nuevas sociedades.

La Casa de Contratación con sus privilegios se trasladó á Cádiz en 1720, y desde Cádiz, con posterioridad á este año, como ántes desde Sevilla, partieron anualmente dos expediciones marítimas, una á Vera-Cruz y otra á Puerto-Bello. De esta manera se hacía el comercio, que proporcionaba extraordinarias ganancias á muy reducido número de personas, hasta que, terminada la guerra de sucesión y por virtud del tratado de Utrech, adquirió Inglaterra el derecho de enviar un buque de 500 to-

neladas, cargado de mercancías á las ferias de Puerto-Bello. Esta concesión facilitó el contrabando sin límites, que desde entonces hicieron los ingleses, y fué tal el descenso del comercio español con sus colonias, que el exiguo cargamento de 15.000 toneladas que anualmente trasportaban los galeones de España, se redujo á 2.000 toneladas. Se propuso nuestro Gobierno suprimir el contrabando, afrontando las dificultades que eran de prever con Inglaterra; adoptó después una política más liberal, suprimiendo en 1748 las expediciones por medio de los galeones, y autorizando á los comerciantes españoles para llevar directamente sus barcos por el Cabo de Hornos á Chile y el Perú. Entonces se trató de habilitar todos los puertos de la metrópoli para comerciar con las Indias; pero Cádiz logró conservar su monopolio, hasta que en los tiempos de Carlos III se rompió con el sistema de privilegios en la contratación, que tan funesto había sido para España como para las colonias.

En 1765 se autorizó el comercio con la isla de Cuba desde cualquier puerto de España, mediante el pago de un 6 por 100 del valor del cargamento, y entonces empezó Cuba á desarrollar sus fabulosos medios de riqueza y á prosperar de tal modo, que, siendo casi nulo el tráfico en 1765, pues bastaban para los trasportes cinco ó seis barcos de no grandes dimensiones, 13 años después ya necesitaba 200, que sostenía en constante movimiento. En el breve período de 40 años y con haber extendido al comercio con las demás colonias la disposición adoptada respecto del comercio con Cuba, quintuplicó el movimiento de importación y exportación, siendo mayor todavía el aumento proporcional de los rendimientos para el Tesoro. En 1778, mejorada la situación con las reformas liberales introducidas desde 1765, importaba el comercio general de España con sus colonias 148.500.000 reales. En 1788 se elevaba á la suma de 1.104.500.000 reales. Los rendimientos para el Erario habían ascendido desde 6.500.000 á 55.000.000 reales.

Sí, á la vez que mejoraban las relaciones económicas entre las colonias y la Metrópoli, hubieran mejorado las relaciones políticas, y se diera mayor expansión á las legítimas aspiraciones de nuestros hermanos de Ultramar; si, menos recelosos, hubiéramos dejado á las colonias mayor libertad en su desenvolvimiento interior, ó cuando menos se inspiraran los Vireyes en la conducta prudente de los Gasca, de los Acuña y de los Mendoza, distinta habría sido la suerte de nuestro imperio colonial.

Pero España se estancó, ó retrocedió, mientras los demás pueblos se liberalizaban; y cuando los ejércitos de Napoleón atravesaron los Pirineos y se esparcieron por todo el territorio de la Península Ibérica; cuando el rudo campesino se convertía en soldado

de improviso, y desordenadamente se formaban aquellas legiones, que al principio se distinguieron por su inexperiencia y acabaron por ser verdaderos héroes, allende los mares se levantaban en actitud de rebelion nuestras colonias proclamando la libertad del trabajo, la libertad de comercio con España y sus dependencias, la igualdad de derechos entre los habitantes de la Metrópoli y los de las colonias, la abolicion de los monopolios del Gobierno reemplazando sus productos por medio de contribuciones, la libre facultad de explotar las minas de plata y la distribucion de los cargos públicos por igual entre españoles y americanos. Estas peticiones revelaban un malestar profundo, ponían de manifiesto un antagonismo de fatales consecuencias, al cual había menester de poner remedio, dando satisfaccion inmediata á las quejas de nuestros hermanos, que nunca debieron de ser tratados como extraños, y ménos como enemigos.

El incomparable Jorge Washington, en una carta, notable como todas las suyas, dirigida al coronel Henry Lee, decía con motivo de los tumultos y rebelion del estado de Massachussets, apénas terminada la gloriosa guerra de la Independencia, «que será necesario ante todo conocer las quejas de los insurrectos, y en el caso de que se les hubieran inferido verdaderos agravios, rectificarlos, siendo posible, ó reconocer que se quejaban con justicia, manifestándoles que la ocasion era inoportuna para acceder á sus deseos. Si no tuviesen razon en lo que hacen, es necesario emplear la fuerza del gobierno contra ellos.» De esta manera se expresaba Washington, y tan sabio consejo es aplicable en todos tiempos y á todos los pueblos. La mejor política es siempre aquella en que más resalta la probidad, y no hay como suprimir las causas de descontento, cuando existen, y son, por lo mismo, fundadas las quejas. Esa política da en todas ocasiones inesperados y brillantes resultados. Brillantísimos fueron los que obtuvo el inmortal fundador de la gran República norte-americana en el desempeño de los difíciles cuanto elevados cargos que se le confiaron; y de la misma manera habría superado España los inconmensurables obstáculos de su situacion, si en vez de cerrar los oidos á la súplica y á las justas reclamaciones que se formulaban en la armoniosa lengua de Castilla más allá del Océano, se hubieran introducido en el régimen colonial las reformas que exigían de consuno las circunstancias, el progreso de los tiempos y el derecho de los españoles nacidos en América.

Las consecuencias fueron desastrosas para todos, y principalmente para las colonias, que rompieron sus lazos con España ántes de tiempo, porque no estaban preparadas para la emancipacion. Se lanzaron con demasiada irreflexion en las temibles aventuras

de un movimiento insurreccional contra la madre patria; mas no se disculpan las faltas cometidas en el gobierno de las colonias censurando la prematura declaracion de independenciam. No hay cargo mayor para un gobierno que el de no ser obedecido, porque esa situacion procede, ó de que se carece de condiciones para el mando, ó de que son opresivas las leyes que se aplican y provocan la rebelion, ó inducen á la desobediencia. En uno y otro caso, los gobiernos no corresponden á su elevada mision. Pues España no era obedecida en sus colonias, segun atestiguaba Burke en sus Cartas de 1777 á los Sheriffs de Bristol. Concurrían multitud de circunstancias á ese estado de cosas, y era la principal, entre todas las dificultades, el no dar participacion á los naturales del país en el gobierno y administracion de las colonias. Y como no interesa tanto el imperio político, tratándose de regiones tan apartadas, como las relaciones que nacen de la unidad de origen, del idioma, de los hábitos y de los lazos sociales, fué tanto más sensible la separacion, cuanto que, además de haberse realizado violentamente y con el encono alimentado por la lucha, fueron tales y tantas las dificultades en que las colonias emancipadas se vieron envueltas, que no fué posible comerciar con ellas, ni reportaba ventajas el comercio, al revés de lo que sucedió á Inglaterra, porque el estado de confusion y desorden, en que por largo tiempo vivieron, fué causa de que no utilizaran los poderosos elementos de riqueza que abundan en el suelo americano.

¡Qué diferencia entre nuestras antiguas colonias, entregadas á sus discordias intestinas y á su inhabilidad política, y las de Nueva-Inglaterra, que constituyeron la República de los Estados- Unidos! ¡Cómo supo la gran República dominar y dirigir los acontecimientos, y de qué manera en el Sur todo se derrumbó y fué arrollado por los acontecimientos! Gravísimas dificultades surgieron ó asaltaron lo mismo á los pueblos del Norte que á los del Sur. No hubo más diferencia que la de haber tenido más sabiduría unos que otros: la de haberse organizado los del Norte con espíritu eminentemente liberal, entretanto que los del Sur no consentían que se les gobernase ni acertaban á gobernarse.

Esta diferencia procedía de que las colonias inglesas, en aparente desconcierto, habían cuidado de sus respectivos intereses, y ora dependieran de la Corona y fueran tenidas como provincias de Inglaterra, ora dependieran de un particular ó de una compañía, ó tuvieran sus cartas, privilegio ó constituciones especiales, todas ellas tenían asambleas legislativas, algunas, como las de Connecticut y Rhode-Island, elegían sus gobernadores, y los americanos ejercían los mismos derechos, las mismas libertades é inmunidades que los ingleses nacidos

en la Gran Bretaña. Por eso los ciudadanos de los Estados-Unidos dieron muestras de estar adornados de ese sentido político, que es la ciencia máxima de los pueblos, desde los primeros momentos; por eso ante todo se preocuparon de que la razón estuviera de su parte, para que los medios de fuerza no apareciesen en primer término, sino como un auxiliar del derecho.

Ese buen sentido, esa ciencia vulgar, fué lo que echaron de ménos nuestros hermanos de América. Habían estado en perpétua tutela, y tenían los hábitos del menor, que vive en conspiración eterna contra el guardador de su hacienda. El arte del gobierno se aprende con la práctica, y las colonias españolas nunca se habían gobernado. Son dotes y prácticas las del gobierno, que no se improvisan: se adquieren con el ejercicio. Nuestras colonias, bajo un régimen idéntico al de las colonias inglesas, habrían sido tan prudentes y habrían prosperado rápidamente como las de Nueva-Inglaterra. Les faltó esa educación, y España, que no había pensado en que se preparasen para el gobierno de sí mismas, expió la falta en que incurriera, viendo que, al romper las colonias sus lazos de dependencia, nada más dejábamos en pos de nuestra dominación que abundantísima cosecha de odios. Las malas pasiones crecían con la impericia, en donde los sentimientos de gratitud, de amistad ó de interesada benevolencia, cuando ménos, debieran germinar, á la par que las nuevas instituciones se arraigasen y aumentara la pública prosperidad.

Todo se explica fácilmente, si tenemos en cuenta que los anglo-americanos, al separarse de la madre patria, se encontraron en posesión de las más amplias libertades, sin monarquía, sin aristocracia y sin Iglesia privilegiada; con profundo respeto, en cambio, á las leyes que elaboraban, con muy alta idea de sí mismos, inclinados ante la ley moral del deber y con elevado sentimiento religioso. Los hispano-americanos no tenían idea clara del derecho y de la libertad, simulaban veneración á la autoridad sin verdadero espíritu de obediencia, estaban infatuados con la posesión de grandes mayorazgos, se alejaban del trabajo, que era para ellos una especie de servidumbre, y el clero católico los tenía esclavizados, amarrados al potro del más degradante fanatismo. Faltaba la libertad; faltaban las viriles costumbres que se depuran y ennoblecen con la práctica de la libertad. Abundaban los extensos dominios territoriales sin cultivo, que más servían para alimentar la vanidad de sus poseedores que para la producción de la riqueza. Eran, en suma, las colonias españolas un fiel remedo de la metrópoli; grande por su exterioridad, decadente, empequeñecida por sus condiciones internas de gobierno.

Cuando males de esa índole afligen á los pueblos, no hay más remedio que uno: la práctica de la libertad, el establecimiento de libres instituciones. Este es el camino en que entró España, y, aunque lentamente, se regenera. El mismo procedimiento dará parecidos resultados en las colonias. Volvamos los ojos al Canadá. Todas las perturbaciones desaparecieron, terminó el malestar que se notaba, con la aplicación de un régimen ámpliamente liberal. No desatendamos las lecciones de la historia, y abandonemos de una vez para siempre el error funesto que convierte el don precioso de la libertad en privilegio de razas determinadas. No: la libertad tiene el privilegio de engrandecer á los pueblos, pero no es monopolio concedido por la naturaleza á pueblo alguno. Redime á cuantos le rinden fervoroso culto.

Pongo aquí término, enviando el parabien, que vale poco por ser mio, pero que al ménos tiene el mérito de ser sincero, á mi buen amigo el señor Labra.

MANUEL PEDREGAL Y CAÑEDO.

Madrid, 20 de Marzo de 1877.

CONCEPTO DE LA FÍSICA FISIOLÓGICA.

(Continuacion.) *

Sobre los procesos particulares y diversas formas de creaciones que nosotros podemos contemplar en la Naturaleza, se halla ante todo el proceso orgánico, mediante el cual crea sus variadísimos seres, y les da el impulso de desenvolvimiento que estos despliegan realizando su vida y sus funciones, y estableciendo los múltiples enlaces que los relacionan con los demás. Esta verdad, consecuencia necesaria del concepto y condiciones de la Naturaleza, es al mismo tiempo la concepción más alta á que ha llegado la Física moderna, no existiendo más diferencia entre una y otra creación que la marcada necesariamente por el diferente camino que se ha seguido en cada una de las investigaciones. Principiando por la consideración de la Naturaleza misma, la actividad se ve, como es realmente, *ante todo una*, y determinándose luego sobre esta unidad primera en toda la variedad de sus distintos procesos: partiendo, por el contrario, del exámen de los últimos datos y de la extrema diferenciación, no puede lógicamente llegarse á la unidad real, sino á la abstracta, y á fuerza de reunir notas comunes y ver transformaciones entre los diversos agentes, sentar que tal acción es esencialmente semejante á tal otra, y afirmar únicamente, no que son posiciones particulares

* Véase el número anterior, pág. 434.



de algo más general, sino que en ellas se da por ejemplo el movimiento, porque este es el cambio que se juzga más fácilmente observable y al que se cree conveniente reducir todos los demás.

Examinando, aunque sea ligeramente, las condiciones de los que se llaman agentes físico-químicos, nos será muy fácil aperebirnos de su real procedencia orgánica, que es una brillante confirmación de lo que acabamos de decir.

Son aquellos la gravitación, en su sentido más lato, el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo y la afinidad química.

Pero la gravitación se nos muestra de astro á astro, y en los seres en éstos contenidos en dependencia con ellos; el calor y la luz proceden de los cuerpos celestes, de los animales ó plantas, de las acciones mecánicas ó de la afinidad; la electricidad y el magnetismo, que se resuelven en último término en una misma y sola cosa, se ofrecen, ó como una acción de este planeta que habitamos, ó procediendo de todas las demás formas de actividad que acabamos de enumerar; y la energía mecánica se desarrolla ó por el calor, ó por la gravitación, ó por las tracciones musculares (1). Así, en último resultado, nos hallamos con que pudiéndose engendrar todo por las acciones mecánicas y la afinidad, y no siendo la fuente de las primeras más que las tracciones musculares ó la gravitación, esta gravitación, el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo, las acciones musculares y la afinidad química quedan reducidas únicamente á energías propias de los astros, las plantas y los animales, y á afinidad química; y como esta última se halla completamente subordinada al desenvolvimiento de los individuos del reino sidéreo, hecho de que nos da testimonio el presentarse en cada edad de un astro *asociados*, como decimos, determinados principios y *disociados* otros (2), cambiando con los distintos estados de aquel el número de los primeros y segundos (3),

(1) Estas consideraciones pueden verse algo más desenvueltas en nuestro folleto *Una lección de Física general*.

(2) Las palabras *asociados* y *disociados* llevan efectivamente en sí el supuesto de que aun después de reunirse dos elementos químicos siguen marcándose en el compuesto con una cierta independencia: véase, á propósito de esto, lo que dice el eminente químico Mills, profesor de Glasgow, en sus dos trabajos *The First Principles of Chemistry* y *On Statical and Dynamical Ideas in Chemistry*, donde establece sobre sólidas razones la unidad de las sustancias, y muestra, respectivamente, las llamadas descomposición y recomposición de un cuerpo compuesto cualquiera, como una diferenciación de formas ó regreso á la unidad, mediante las acciones de la energía, sentando, como acabamos de decir, que cada combinación es una verdadera unidad en sí, y no una reunión de cosas enlazadas por eslabones más ó menos fuertes, y en mayor ó menor grado difíciles de romper.

(3) Esto, que decimos aquí, es una consecuencia necesaria de la existencia de los calores de combinación y diso-

vemos, en fin, que la misma observación nos enseña que las energías estudiadas como excitadoras de la materia bruta, son una necesaria consecuencia del continuo desarrollo de los astros, las plantas y los animales.

Al mismo tiempo, para llegar ya á nuestro asunto, fijémonos en que dado el concepto de Física (1), el nombre de *Física biológica* no quiere decir más que *estudio de la actividad que se muestra en la vida natural*; y como la energía nos parece, y con alguna razón, propiedad exclusiva de los organismos, concepto, al que no le hace falta para que sea exacto, mas que concederle su legítima extensión á todos los seres que realmente gozan de esta cualidad, veremos en último resultado que la ciencia de una de cuyas partes debemos hoy ocuparnos, viene á tener como superior objeto *el estudio de las actividades que se muestran en los organismos*. Pero acabamos de afirmar: 1.º, que en la Naturaleza no caben las diferencias de Organismo á Mecanismo, y que todo en ella es esencialmente orgánico, porque todo se halla en íntima dependencia, subordinación y solidaridad, y dominado al mismo tiempo por una unidad fundamental; y 2.º, que su actividad es también una, siendo su forma general y primera el proceso orgánico; y así la asociación de estas dos premisas nos conduce necesariamente á la conclusión de que en la realidad se confunden los objetos de la *Física* y de la *Física biológica*; que sólo puede separárseles por una diferencia de procedimiento, y que esta ciencia debe buscar su primera materia de estudio en las energías desenvueltas en la evolución constante de los organismos, si quiere cimentar la ordenación de sus materiales sobre un positivo y sólido fundamento.

Las dificultades con que se tropezarán en estas reformas serán, sí, ciertamente inmensas. No se pide menos que un modo de ver completamente distinto del hasta hoy reinante, y al exigirse esa uniformidad esencial entre las diferentes acciones, *que no lleve, como ya hemos dicho, á considerarlas á todas*

ciación, del paso de los astros por estados en que su temperatura desciende desde una cifra extraordinariamente elevada á otras no tan considerables. En tal marcha de enfriamiento tienen que formarse necesariamente cada vez los compuestos químicos que el estado del astro permita, para no ser posible ya su disociación sino mediante un trabajo de la índole del que los vegetales realizan con el ácido carbónico, y por lo tanto, como pudiéramos decir, procedente de las organizaciones. Es fácil ver en su virtud, aun solo mediante estas ligeras consideraciones, que el proceso químico es quizás el más inmediatamente subordinado al orgánico, puesto que el conjunto de tales compuestos en un período cualquiera parece ser *una simple manifestación del estado particular de energía en que el astro se encuentra*.

(1) En los *Apuntes para un programa de Física* hemos dicho que *la Física es la ciencia de la energía natural*.

ellas como producto de simples disposiciones mecánicas, sino antes bien como manifestaciones distintas procedentes de la diferenciación de un proceso orgánico general, se intenta salir del campo de las tan conocidas abstracciones físicas, para penetrar por medio de un esfuerzo grandioso en la realidad misma y en la universal armonía de todos los seres y reinos naturales. La observación de las fuerzas bajo el aspecto puramente físico y químico es, en efecto, verdaderamente fácil con relación á ésta: ir examinando por separado cada cambio y prescindir de todos los demás; agrupar aquellos fenómenos que parecían más semejantes; y crear un agente como causa de cada una de las modificaciones que venían á producirse en los distintos sentidos ó de las variaciones cuya realización se manifestaba por la disposición de diversos aparatos, no es empresa que puede compararse á la de sorprender, como hoy se hace ya necesario, la generación de una energía cualquiera en el cumplimiento de las funciones de un ser; seguir los desdoblamientos de ella, dirigiendo la vista á la vez á las múltiples relaciones que se establezcan en su desarrollo, y tratar de abarcar en una misma consideración, por vía de ejemplo, la circulación de las aguas sobre el astro, y la de jugos en una célula; los movimientos musculares, y simultáneamente la producción del rayo; la presentación de una aurora boreal y la segmentación de un vitellus, todo en armoniosa dependencia y todo en íntima solidaridad.

Esta es, sin embargo, realmente la tendencia hasta inconsciente que se nota en tales ramos del saber humano: así, desde Young mismo, la reducción á tres de los siete colores del espectro solar se buscaba en las condiciones de la retina (1), y hoy, en otro orden muy distinto de consideraciones, la teoría mecánica del calor trata como puntos de los más importantes el estudio del calor animal y las aplicaciones de sus principios á la Astronomía y la Fisiología: al mismo tiempo, esta última ciencia se acerca rápidamente á la primera, hasta el extremo de que varios naturalistas, entre ellos Köliker, crean deber criticarle el que se hace completamente física; y, por último, deberemos recordar á la vez que esa misma doctrina dinámica del calor nació á consecuencia de las profundas reflexiones que le sugirió á Mayer la observación de las fuerzas puestas en juego en el organismo animal (2), y que tuvo desde el primer instante en las obras de Helmholtz

el carácter de extensiva á todas las energías de la Naturaleza. Mas al mismo tiempo en todo ello se nota todavía el inconveniente de que no acaba de perder su carácter de abstracción el estudio físico, y que así más bien se marca en el citado movimiento la tendencia, nada real, de mirarlo á todo como un mecanismo, que la de presentar estas acciones en sus vastas y grandiosas condiciones de organización (1).

A la *Física biológica* ha de quedar hoy encargado poner remedio á estos defectos y realizar tan importantísimo fin, marcando la subordinación de los procesos tales como ellos se dan en la realidad y haciendo resaltar el carácter que tienen las fuerzas físico-químicas de posiciones particulares del susodicho proceso orgánico.

Mas para lograr esto y para que posea aquella su índole propia, la Física biológica no puede ser únicamente humana, ni aún sólo animal, ni epitelúrica siquiera. El establecimiento de las relaciones se verifica entre todos los seres, desde los más desemejantes reinos, y la circulación de la actividad estudiada entre uno ó dos de aquellos, no puede dar sino una remota idea de las condiciones reales que esta posee. Así, por ejemplo, aún prescindiendo en una primera aproximación, como por desgracia se hace necesario efectuarlo, de muchas influencias múltiples, siempre tendremos que la energía que despliegan los seres que viven sobre la superficie de la Tierra es tomada á la vez de la de este planeta y de la de las radiaciones solares, para ser devuelta después en último término á nuestra atmósfera, y de aquí á los celestes espacios. Pero por más que prescindamos en este momento de la cuestión del verdadero carácter orgánico de los astros, no es posible negar que en ellos se determina siempre la actividad de la Naturaleza, primeramente en el orden lógico para todos, y hasta anteriormente en el cronológico en cada cuerpo sidéreo respecto de los demás seres que en ellos habitan, y que de estos proceden después las energías que circulan de una manera tan variada entre plantas y animales; y así los conocimientos de la Física biológica tendrían también la misma falta de realidad que antes hemos señalado para otros diversos, si en esta no se ejecutara la investigación del desdoblamiento de la actividad siguiendo en ella el mismo orden que la Naturaleza conserva en la citada diferencia-

(1) Véase á propósito de esta cuestión, ya algo conocida antes de ahora, el curioso trabajo publicado por *Alfredo M. Mayer*, de New Jersey, con el título de *Historia del descubrimiento de la Teoría de los colores de Young*, en el número 2 del volumen 1.º de la 5.ª serie, correspondiente á Febrero de 1876 del *Philosophical Magazine*.

(2) *Mayer*.—*El movimiento orgánico y la nutrición* (en alemán.)

(1) Claramente se comprende que este carácter de abstracción es una consecuencia de la forma en que se han realizado las investigaciones físicas. Se empezó analizando fenómeno por fenómeno, prescindiendo de los que á él iban unidos, para darse cuenta de las leyes que gobernaban la aparición de estos; pero se ha olvidado hasta los últimos años el reconstituirlos después sobre el fondo de su unidad, mediante sus enlaces propios, y tales como se presentan en la realidad.

cion. Tal procedimiento es el que exige el buen desarrollo de su plan para que este órgano de la ciencia sea un reflejo fiel de la realidad que intenta representar.

De las anteriores nociones podemos deducir del mismo modo, siquiera sea ligeramente, las esferas interiores que ha de contener la rama del conocimiento de que nos estamos ocupando.

El estudio del proceso orgánico, primeramente como idéntico en todo tiempo y lugar, debe dar nacimiento á una *parte general*; el exámen por separado de las formas diversas en que se presenta en astros, plantas y animales pide hallarse comprendido en la *parte especial*; y, por último, exigen la constitucion de una *parte orgánica*, primero, la investigacion de las dependencias entre los astros y los séres epitelúricos y las de las que existen entre las plantas y los animales, y segundo, el conocimiento de la circulacion de la fuerza, unido á lo que pudiéramos llamar la porcion teleológica del citado estudio.

El concepto general de la vida; el exámen de la existencia ó no de la fuerza vital y el de las fases generales por que atraviesa todo sér vivo; la exposicion de los círculos de desenvolvimiento, y la consideracion de la forma fundamental bajo la cual se ofrecen primeramente los individuos que gozan de estas condiciones, son los principales puntos cuyo estudio debe comprender la primera parte ántes indicada: resérvase, por el contrario, para la segunda el conocimiento particular de las energías desenvueltas en la formacion, desdoblamiento y término de los astros, así como en el nacimiento, desarrollo y muerte de los vegetales y animales; que en union del estudio por separado de las que son consecuencia de las otras funciones que aquellos realizan, ha de dar origen á tres subdivisiones correspondientes una á una á cada uno de los tambien tres grandes reinos que la Naturaleza encierra; y por último el objeto y cuestiones que deben tratarse en la tercera seccion, han quedado suficientemente indicados con las breves palabras ántes escritas.

Hoy por hoy, nosotros vamos solamente á ocuparnos en particular de uno de los citados capítulos, ó sea del exámen de la célula.

La célula es efectivamente el primer estado comun á todo organismo, y el elemento, por lo tanto, en cuya actividad ha de empezar el estudio de las energías que aquellos nos presentan, estribando en esto la importancia de tal investigacion. La Física biológica, lo mismo que la Histología, Histoquímica y Fisiología, han de hallar en ella su punto de partida, y sólo comprendiendo profundamente lo que contiene en sí la energía de tales corpúsculos, y de qué naturaleza son las relaciones que entre todos estos se entablan, constituyendo la fundamental fuente de su

diferenciacion, al mismo tiempo que las consecuencias de las funciones que realizan, es como podrán elevarse poco á poco al conocimiento de los variadísimos fenómenos y fuerzas que desenvuelven los séres vivos. Mas este fin que nuestra ciencia ha de proponerse, se hace más difícil de cumplir que los de la Histología é Histoquímica: consisten respectivamente los segundos en un exámen de las formas y de la composicion química de aquellos elementos, en tanto que exige como *desideratum* el de la primera, que se alcancen á descubrir los principios sencillos que rigen á las acciones de las células, para que desde ellos, y por simple deduccion, puedan establecerse las leyes de cuantos fenómenos se observan en los organismos epitelúricos, conforme se anuncian el movimiento y demas condiciones mecánicas que debe poseer cada esfera celeste, partiéndo tambien desde los principios que gobiernan las influencias de la gravitacion universal.

Aquí, como en casi todos los ramos del saber, se disputan el campo dos escuelas de sentido completamente opuesto.

Para una, los elementos que constituyen al organismo se asocian por yuxtaposicion, viniendo á ser la actividad de aquel como la resultante de las actividades de sus diversas células: para la otra, es ante todo uno el organismo de cada sér, y bajo esta unidad, primera y fundamental, se desenvuelve la variedad de sus distintos órganos y funciones. En el primer concepto, la doctrina celular corresponde completamente á la atómica; la unidad física que para cada cuerpo y sér resulta, es una unidad de composicion; las células están unidas por lazos más ó menos fuertes, pero conservando siempre algo de su actividad propia en medio de las influencias que sobre ellas ejerce la resultante que entre todas forman; la continuidad orgánica desaparece, y así como en la doctrina de Dalton la Naturaleza semeja á una infinita trama formada por las actividades que parten de los átomos, cada organismo parece en ésta tambien como una inmensa red donde la rotura de las mallas ha de determinar la muerte, abandonando libremente á su vida propia á cada uno de los utrículos que contribuyen á formarlo. La concepcion segunda restablece por el contrario la continuidad natural y marca la unidad del organismo como una unidad real y primera: el cuerpo entero de cada sér procede de una sola célula, y desde allí, en serie no interrumpida, se engendran todos sus órganos por segmentaciones de segmentaciones sucesivas del fondo protoplásmico vitelino, dando un elemento origen á muchos por divisiones y subdivisiones, al paso que la masa primitivamente homogénea en todos ellos crea posteriormente las diferencias que existen de membrana á contenido y

de protoplasma á núcleo y nucleolo: las células, al principio idénticas entre sí, aceptan despues formas diversas en consonancia con los distintos órganos de que tienen que llegar á formar parte y las diferentes funciones que han de realizar. La unidad se marca así ante todo y fundamentalmente, y sobre ella se crean la infinidad de oposiciones que se nos muestran en cada uno de los seres, desde aquellos más superiores hasta la mayor parte de los que son únicamente monocelulares.

Mas, ¿cuál de estas dos grandes concepciones es la que tiene en su apoyo la comprobacion de los hechos?

Hoy creemos suficientemente demostrado que no existe en el organismo formacion de células libres. Los glóbulos de cada género se multiplican por sucesivas divisiones, y los de unas especies suelen transformarse en otras distintas. Todas las células que se hallan en los diversos órganos y tejidos son originarias de las primitivamente formadas cuando la primera segmentacion del *vitellus*, y el organismo se ve así como procediendo en serie no interrumpida desde el óvulo ó germen, y este hecho afirma la unidad física del sér, como corresponde á la segunda concepcion.

Tales datos vienen á comprobar al mismo tiempo una vez más el carácter orgánico total de la Naturaleza y de sus creaciones: no existen, como por algunos se ha creído, á un lado unas fuerzas sin residencia fija y á otro una masa plástica é inerte que aguarda á ser moldeada por ellas: la primera manifestacion de la actividad natural es el proceso de la formacion de seres organizados, y este proceso y las relaciones que se entablan de unos á otros es todo lo que nosotros podemos contemplar, segun hemos dicho ya diferentes veces, bajo la forma de los variadísimos, múltiples y complejos fenómenos que tanto nos impresionan. Allí donde una porcion de un sér es aislada, al ménos en parte, desde la accion de su centro, parece engendrarse un nuevo individuo: en cada una de las direcciones en que éste entabla una relacion con cualquiera de los demas individuos naturales, se ven al mismo tiempo un nuevo órgano y una funcion más. Formacion de nuevos seres, por separacion desde los antiguos, y creacion de oposiciones sobre la unidad fundamental de cada uno de estos, como una consecuencia de los lazos que unen á aquél con todas las otras formas que existen en la realidad y más ó ménos cercanas á su centro de accion, es en síntesis todo lo que nosotros sabemos y podemos decir acerca del susodicho proceso orgánico.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI
Catedrático del Instituto de Ciudad-Real.

EL ARTE Y EL CRISTIANISMO EN LOS DOS PRIMEROS SIGLOS.

El cristianismo primitivo no demostró nunca una gran enemistad contra el arte. No se le podía pedir que se preocupara de una estética nueva, comprometido como estaba en el trabajo inmenso de las misiones y en su lucha incesante contra el mundo pagano; no se le podía exigir que formara artistas, entónces que necesitaba hacer y hacía santos y mártires. Y, sin embargo, el cristianismo renovó las fuentes del gran arte en el momento en que este perecía por la estéril abundancia de innumerables obras. El arte, en aquella época, llevaba en sí los gérmenes de una irremediable decadencia. Desde luégo había perdido el soplo inspirador; ya no tenía ideal; la forma humana no representaba ya para el arte esa grandeza moral, esa majestad tranquila que había aparecido á la vez en la tragedia griega y en la estatuaria del siglo de Pericles, ese divino humanizado que la Grecia no debía traspasar; las creencias que habían evocado este ideal habían desaparecido; la mitología no era más que una historia galante. Si la religion tenía un lado más sério, lo tomaba á los cultos extranjeros, sobre todo á los de Oriente; el arte perdía ya en ese culto su carácter clásico, ese principio en la forma ligado estrechamente al humanismo griego que impedía á lo divino perderse en un panteísmo colosal. En fin, desde que la vida pública había desaparecido, el arte no estaba ya consagrado á manifestar los grandes sentimientos de la humanidad, á embellecer la religion de la patria; se había hecho el cortesano de los poderes del dia, empezando por el emperador cuya imágen multiplicaba y cuyo palacio adornaba. Dedicóse especialmente el arte á adornar las casas de los particulares; estaba circunscrito á la ornamentacion, disponiendo de preciosos y abundantes materiales; no se contentaba ya con el mármol de donde habían salido los grandes dioses del pasado. La habilidad de la mano era maravillosa; existían todavía los más perfectos modelos, y no faltaba nada bajo el punto de vista del procedimiento; pero el alma del arte se iba retirando paso á paso de él; para que tomara un nuevo impulso se necesitaba una revolucion moral, y solamente el cristianismo pudo realizarla. Hizo más que prepararla por su influencia, por el puro ideal que hizo surgir, aun en una época en que la proscripcion le impedía manifestarse por símbolos que hubieran sido una denuncia y un peligro; desarrolló tambien ideas estéticas llenas de originalidad y que, más tarde, fueron la inspiracion de gloriosos artistas.

Hubo sin duda sus iconoclastas intolerantes que, confundiendo el uso y el abuso, condenaron en

conjunto toda la cultura del antiguo mundo, sin hacer excepcion alguna en favor de las bellas letras; encuéntrase las huellas en las *Constituciones apostólicas*. Esta estrechez de miras no fué general. La apología cristiana estaba muy obligada á buscar sus puntos de apoyo y una parte de sus pruebas en la literatura antigua, y no tenía escrúpulo alguno, según San Pablo, en invocar el testimonio de los poetas. En tal lucha con el gnosticismo que identificaba la naturaleza creada con el mal, y la maldecía como la obra ciega del demiurgo, la Iglesia tuvo que poner de manifiesto la belleza de la creación, reconociendo en ella una manifestación del mundo superior y divino que se reflejaba por medio del simbolismo animado. El sol reaparece por la mañana, después de haberse sumergido la noche anterior en el Océano, como una brillante imagen de la resurrección (1); nada perece en el mundo sino es para revivir; todo el orden de las cosas da testimonio de la gran renovación; Dios se ha revelado por sus obras antes de hablar por sus oráculos, y la naturaleza es una profetisa (2); ella forma por completo una sinfonía sublime de la cual el Verbo es el Corego (3); ya no es necesario detenerse en los grandes espectáculos estrellados de la tierra y de los cielos para reconocer su belleza; basta coger una flor y respirar el perfume de una rosa (4). Era sobre todo en la forma humana donde aparecía el sello de lo divino. La arcilla ha sido modelada por un Fidias, tal como la Grecia no ha conocido semejante, y ha engarzado en ella el alma como una perla preciosa (5); la obra maestra de la creación es esa forma humana que debía revestir el Verbo y que no ha sido solamente la obra de Dios, sino también en algún modo la prenda de la encarnación (6); Dios mismo es el artista por excelencia que hace penetrar en la forma el espíritu para hacerla inmortal.

Mucho tiempo debía pasar antes que el arte cristiano pudiera constituirse en medio de un mundo entregado á la idolatría; antes de realizar el tipo de la verdadera belleza necesitaba destruir el de la belleza falsa, pérfida y peligrosa, que era como la Circe de la humanidad pagana. Los grandes espíritus, que han hablado en nombre de la Iglesia, han sido implacables para el arte corruptor que introducía la voluptuosidad en el alma por los encantados ojos (7); y le condenan sin piedad, siquier tu-

viese la seducción de la poesía de Homero (1). «¡Oh, belleza, madre del adulterio!» exclama Clemente de Alejandría ante la belleza atrevida y provocadora que arrastra al hombre á su pérdida (2). Y no es que Clemente maldiga de la belleza en sí misma, pues ha llegado hasta admirar lo que ha podido subsistir de bello en las obras maestras del arte antiguo, siempre que se las separe de su destino idólatra (3); lo que Clemente quiere ante todo es preservar la belleza en su flor de las abominaciones que la manchan; ese don del cielo no se conserva sino por la pureza. «¡Oh, hombre, dice, no seas nunca el tirano de la belleza violentándola; conténtate con ser su rey!» (4) ¿No es la forma humana la imagen sagrada de la belleza soberana, de la cual todas las demás no son más que el reflejo? (5) Este reflejo es el que es preciso dejar brillar sobre la forma humana, y por esto hay que quitarle todos esos adornos bajo los cuales está como envuelta. No se trata, pues, de destruirla, sino de respetarla, y el regreso á la naturaleza es la primera consecuencia de esta estética cristiana. Las criaturas hechas á imagen de Dios no deben despreciar el tipo eterno y soberano de la belleza falsificándola; conservada por la templanza, brilla como una flor en la casa. Toma un carácter más elevado y más conmovedor cuando irradia la belleza interior del alma; el desorden moral concluye siempre por revelarse en los rasgos de la fisonomía. El hombre que se entrega á la intemperancia adquiere algo de bestial, y cae bien pronto en una torpeza mortal que le hace parecerse á un árbol sin vida. La duplicidad le cubre de un espeso velo que le quita su verdadera fisonomía. El mal basta por sí solo para matar la belleza humana antes de su otoño, poniendo en ella su sello; por el contrario, cuando el hombre vive unido á Dios, participa de la belleza del Verbo, y se convierte de alguna manera en Dios mismo (6).

El amor es la suprema belleza (7); esta belleza es la que brillaba sobre la frente de Cristo, aunque no tuviese brillo por sí mismo, porque la verdadera belleza del alma se comunica al cuerpo y lo trasfigura (8). Hémos ya bien lejos de la majestad tranquila, insensible, de la *ataraxia* de la estatuaria griega. La belleza tal como la concibe el cristianismo es una belleza completamente nueva, extraña al arte antiguo; es la belleza de la expresión que debía representar tan importante papel en la pin-

(1) Tertuliano: *De resurrect.*, c. 12.

(2) Id., id.

(3) Clem.: *Potrept.*, I, 5. (Corego, nombre que daban los griegos al director de un teatro.)

(4) Tertuliano: *Cont. Marc.*, I, 14.

(5) *Phidias tantus, deus vivus*. Tertuliano: *De resurrect.*, 6.

(6) Id., id.

(7) Clem.: *Potrept.*, VI, 57.

(1) Clem.: *Prædag.*, III, 2, 14.

(2) "Ὠκάλλους μοιχικοῦ (Id., III, 2, 13.)

(3) *Protrept.*, IV, 57.

(4) *Protrept.*, IV, 49.

(5) Id., id.

(6) Clem.: *Prædag.*, III, 1, 2.

(7) Id., § 3.

(8) Id., id.

tura cristiana. Después de una concepción semejante de la belleza, se tiene el derecho de decir que acababa de nacer un arte nuevo á la sombra de la cruz, depurando el platonismo que había inaugurado con tanto éxito el culto del ideal y dado tan rico desarrollo á la noción de lo bello. Esta estética de la Iglesia de los mártires tenía que abrir un nuevo manantial de inspiración; faltábale amplitud para producir obras numerosas; reconozcamos, sin embargo, que los cristianos no han tenido contra la reproducción de la forma humana y las artes plásticas las invencibles repugnancias del judaísmo. Ya hemos sabido por Clemente que se complacían en grabar piadosos símbolos sobre los modestos muebles que poseían; también es sabido con qué libertad pusieron los procedimientos del arte antiguo al servicio de sus creencias en las catacumbas, al mismo tiempo que condenaban el arte pagano y todo lo que con él se relacionase (1).

En lo que concierne á las letras, el cristianismo primitivo siguió las mismas reglas (2). El estudio de las bellas letras no estaba prohibido, aunque se desconfiase del influjo pernicioso que podían ejercer; también era mucho más riguroso cuando el cristiano quería enseñarlas que cuando se limitaba á aprenderlas. Parecía difícil que conservase una fidelidad estricta al monoteísmo evangélico comentando los poetas del paganismo (3). En cuanto á cultivar la literatura como un arte, ningún escritor de los primeros siglos pensó en ello; considerábase como un testigo y un soldado de Cristo, y la preocupación propiamente literaria le parecía inconciliable con su misión. Se ha demostrado que precisamente el desden del arte puro ha sido lo que ha formado el carácter innovador de las letras cristianas. Las cartas paganas eran disertaciones de retórica que no tenían nervio ni brillo, no teniendo causa á que servir ni lucha viril á que entregarse en la tribuna. La pasión sincera es lo que constituye el verdadero fuego en los labios humanos; ella sola le arranca palabras fuertes y enérgicas; hacía mucho tiempo que no se aproximaba siquiera á la boca de aquellos rectores helados é ingeniosos que jugaban con las palabras brillantes como un niño con sus juguetes. La elocuencia, si se puede aplicar esta palabra á lo que tan poco se le parecía, arrastraba, por la extensión de sus desarrollos y adornos, un largo manto de púrpura; la religión que decía á sus discípulos ciñeran sus riñones en lo más fuerte de los combates, les obligaba á una palabra breve y ardiente. La elocuencia

cristiana fué frecuentemente ruda é incorrecta, pero tuvo su brillo y su vigor. Las grandes apologías del segundo siglo inauguran un nuevo género de elocuencia, consagrándola á las más altas verdades y al derecho más sagrado, con un orgullo viril que nada pedía al mundo. El cuidado de la forma no siempre estaba ausente; *Octavio* de Minutius Félix es un diálogo sobre el modelo antiguo. Cipriano y Lactancio se acordaron de Cicerón. La originalidad fecunda se encuentra en Tertuliano, el rudo africano de imaginación sombría y caliente á la vez, tribuna de las libertades cristianas y poeta inspirado, dramatizando siempre su palabra y arrojándola ardiente sobre los velos apocalípticos; nadie fué ménos artista por el cuidado de la forma; nadie ejerció una influencia tan grande sobre el espíritu cristiano.

Los Padres griegos hablan una lengua más unida, más depurada; sin embargo, también emplearon la poesía en su alegorismo bíblico, cuando este no es demasiado ingenioso. La interpretación del *Cantar de los Cantares* por Orígenes, que forma el himno de los esponsales del alma humana con su divino esposo, es todo un poema. El *Pastor Hermas*, por austero que sea su primer pensamiento, es por muchos conceptos una obra de imaginación, por las descripciones frecuentemente graciosas de sus alegorías. Por poco valor que tenga la literatura apócrifa bajo el punto de vista de la doctrina, revela en las capas oscuras de la sociedad cristiana cierta virtud poética; las *Actas* de Pilatos refieren, con una belleza conmovedora que no carece de arte, el descendimiento de Cristo en las regiones intermedias; su encuentro con el viejo Adam y los grandes Profetas que le esperaban está descrito con patética grandeza. El *Testamento de Moisés* pinta en rasgos admirables la muerte del primer hombre, el dolor de Eva y el temblor de la tierra, que no quiso recibir el cadáver del hijo del cielo. Estas obras anónimas revelan un trabajo secreto, latente, de imaginación cristiana, al cual sólo faltaba la potencia plástica para revelar una poesía nueva. La concepción grandiosa y melancólica del gnosticismo que hacía de la *Sofía*, gimiendo en el infinito, la personificación y como el ángel de la tierra, devorada por el incurable sentimiento de haber perdido el cielo, se ha producido por las mismas influencias.

El *Apocalipsis*, de Comodio, y el poema del *Phenix*, de autor desconocido, tuvieron que plegar su lengua incorrecta á las formas convenidas de la poesía: estas obras tienen ménos valor que las producciones defectuosas y sencillas de la imaginación popular. La primera recuerda las siniestras predicciones de la Sibila judía, y sólo hace vibrar ya la cuerda usada de las cóleras santas, que no es por cierto la verdadera cuerda de la lira cristiana. Esta

(1) Tertuliano: *De idolatr.*, 3.

(2) Véase *Geschichte der christlich lateinischen Literatur von ihrem Entstehen*, von Adolf Ebert, Leipzig, 1873, pág. 93.

(3) Tertuliano: *De idolatr.*, 10.

no había producido todavía cantos nuevos, como no fueran los himnos del culto; contentábase con hacer vibrar á un soplo más puro esa arpa interior que está ligada al corazón humano; gérmen de que había de salir, siglos después, una gran poesía destinada á enriquecer el lenguaje humano con formas nuevas para engrandecer su ideal. Lo que importa es que este ideal se forme y se depure. En la sombra y el silencio de la vida privada se ven dibujarse tipos enteramente desconocidos del mundo antiguo, como el de la mujer cristiana, destinada á personificar más tarde, en los lienzos de los maestros del Renacimiento, la más dulce y la más divina de las virtudes del Evangelio; el drama de la vida moral se hace más visible; sólo espera á los inmortales pintores que lo reproduzcan, vigorizando una literatura rica y variada que la antigüedad sólo había podido presentir. Está abierta la mina de que se han de sacar tantos tesoros; falta todavía la mano de obra.

EDMUNDO DE PRESSENSÉ.

(Revue littéraire.)

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON JUAN VALERA.

No es tarea tan fácil como á primera vista parece, trasladar al papel los rasgos salientes de un orador. Unos, como el Sr. Perier, están siempre traspuestos ó adormecidos, y es fuerza copiar su semblante con la ausencia de vida que caracteriza al sueño. Otros, de espíritu agitado y sutil, como el Sr. Valera, se niegan á estarse quietos, y con sus desordenados movimientos hacen imposible el buen desempeño de la obra.

Siento aprension inusitada al tocar con mis torpes dedos la delicada, la culta, la espiritual figura del Sr. Valera. Inútilmente trataré de imitar, haciendo su semblanza, al acreditado pintor que ha enriquecido la galería del Ateneo con su retrato. Confieso humildemente que no me siento con fuerzas para reproducir embellecida la imagen del ilustre escritor. Harto haré si consigo no empañar su mucho brillo.

Principio por suponer al Sr. Valera bastante sensato para no abrigar las pretensiones de orador grandilocuente. Corto es el número de los que ven ceñidas sus sienes con una corona legítimamente alcanzada; más corto aún el de los que pueden soportar el peso de dos ó más. Y el renombre que el Sr. Valera tiene adquirido como escritor, brilla con luz demasiado clara para no eclipsar el de otros astros de segunda magnitud que alguna vez se dejan

ver en el cielo de su gloria. El escritor y el orador se confunden en el Sr. Valera, y como las condiciones exigidas para uno y otro son muy distintas, el escritor tiene sofocado bajo su gran pesadumbre al orador. En el Sr. Castelar encontramos un ejemplo de lo contrario. El orador puede y debe ser exuberante en la frase, armonioso hasta con detrimento de la precisión, siempre rico, fácil y sonoro. El prosista debe proceder con cierto rigor en el empleo de las formas métricas, y huir con tacto de las asociaciones de palabras que tienen su verdadero lugar en la oratoria. De aquí la inferioridad del Sr. Valera como orador. Posee todo el donaire, ingenio y flexibilidad de un consumado prosista, pero es necesario afirmar que no tiene la afluencia, ni la armonía, ni la fluidez que deben adornar al orador. Es un hablador delicioso á quien se escucha con más gusto en conversacion familiar que sobre la tribuna. Es el rey de los pasillos. Discurriendo en aquella atmósfera más ardiente y ménos hipócrita que la de la cátedra, no tiene rival. Allí vierte el Sr. Valera el manantial inagotable de su gracejo. Los jóvenes expresan ruidosamente su alborozo; los viejos hacen el sacrificio de su paseo; todos forman círculo en torno suyo y escuchan regocijados la palabra breve, incisiva y modulada por un acento andaluz que se escapa como aguda saeta de los labios del ilustre novelista. Las exigencias de la tribuna le embarazan sobremanera: así que ha optado con buen acuerdo por no satisfacerlas y convertir el discurso en sabrosa plática.

Entro á hablar ahora del espíritu del Sr. Valera, que como he indicado no tiene poco de inextricable y enmarañado. Las puertas de este espíritu me causan cierto temor supersticioso como las de un alcázar encantado. Tanto pienso que hay en él de misterioso y laberíntico. Desde fuera se escuchan ruidos que unas veces semejan risas, otras lamentos.

Después que oigo hablar al Sr. Valera, no me preocupa tanto lo que ha dicho como lo que dejó por decir; de suerte que cuando ha expresado un juicio sobre alguna cuestion nunca dejo de preguntarme: ¿Qué pensará el Sr. Valera sobre esta cuestion? ¿Quién puede saberlo!

El carácter del Sr. Valera no puede reconocerse en su manera de escribir ó de hablar, porque no pertenece al número de aquellos que siguen la inspiracion del momento, que obedecen á la palabra y no la gobiernan. Sólo los espíritus superficiales se abren sin inconveniente para que la mirada del observador penetre en ellos. La multitud los comprende y los aplaude; pero esta facilidad con que son comprendidos significa en último término que pagan tributo servil á la inspiracion del momento, que carecen de esa plástica necesidad propia de



los grandes artistas. La multitud no puede medir jamás el horizonte en que se mueven los grandes espíritus. Considérese por qué el Sr. Valera jamás será un escritor popular. El pueblo jamás verá á través de las nieblas que flotan sobre su espíritu, jamás llegará á descifrar la charada de su carácter, jamás entenderá esos refinamientos ó *tiquis miquis* (como él los llamaría) psicológicos con que se complace en amasar sus novelas. Son muy pocas las mujeres que han podido dar fin á la lectura de su *Pepita Jimenez*. Pesada é incomprensible les parece, ó cuando más, sólo advierten en ella los rasgos vulgares con que se disfraza el pensamiento.

Sin que yo trate de escudriñar lo que pasa en el cerebro del Sr. Valera, pienso que es un espíritu engendrado por la civilización helénica más que un producto del movimiento cristiano. Tiene una naturaleza demasiado realista, y se entrega sobradamente á las alegrías y dulzuras de la vida, para que deje de aborrecer las tendencias ascéticas, iconoclasticas y espiritualistas que caracterizan al cristiano. Ama y se penetra de todo lo que vale la existencia, y goza con esa majestad propia del que tiene conciencia de su divinidad. Tengo entendido que nuestro orador no se macera como el padre Sanchez, privándose del tabaco, del café y de otros productos ultramarinos. En cuanto á aquellos otros que el sol de Andalucía sazona y torna tan dulces, tampoco juzgo que sienta demasiado horror por ellos, recordando el último capítulo de *Pepita Jimenez*. Y no se me enoje el Sr. Valera porque no le tenga por un San Antonio, que despues de todo no tenía ni la mitad de su talento, pues á tiempo está para serlo si le place seguir sus huellas y desea ver, como la de aquel, su imágen de madera honestamente vestida con muchos pliegues adornando bajo un fanal la celda de alguna devota y sirviendo de incentivo á sus castísimos arrobos. Nada más fácil que el Sr. Valera enderece el día ménos pensado sus torcidos pensamientos y los incline hácia el padre Sanchez, y por el padre Sanchez consiga la bienaventuranza, desde donde tal vez un recuerdo de estas líneas me dispense la merced de un milagro que estoy necesitando hace tiempo. ¡Lástima es que el Sr. Valera no crea en los milagros! Pero, ¿qué acabo de decir? Advierto que el insigne novelista se ha ruborizado hasta las orejas y me hace señas para que calle. ¡Si soy más torpe...! ¡Qué necesidad tenía de saber la elevada sociedad donde el Sr. Valera se agita, que no cree en la eficacia del agua de Lourdes ni en la elocuencia de la burra de Balaan! El comercio con una sociedad distinguida, culta y espiritual, el trato íntimo con hermosas y aristocráticas damas que nos celebran y nos aplauden, que nos sonríen al vernos aparecer y nos estrechan dulcemente la

mano al partir, merece bien que alguna vez reservemos y hasta sacrifiquemos nuestra opinion. «¡París bien vale una misa!»

Transijo, pues, con que el Sr. Valera sea un hombre de orden entre las damas, y despues de dar á luz á D. Luis de Vargas vaya á rezar con ellas novenas á San Luis Gonzaga, porque son cosas estas que nacen y mueren con el individuo; pero que tan esclarecido ingenio tenga el mal gusto de entonar loas á la Inquisición y al fanatismo religioso del siglo XVI en plena Academia Española, le digo á usted, Sr. D. Juan, que esto me ha conturbado penosamente. Usted y el Sr. Nuñez de Arce, á quien muy de veras aprecio, son dos sábios de primera fuerza, como diría *La Correspondencia*. Son ustedes tan eruditos, tienen tanto talento y son tan liberales, que cuando de ustedes hablo, no puedo remediarlo, se me cae la baba como si les hubiera enseñado algo. ¡Imagínese usted ahora la rabieta que habré tenido al ver la dureza con que atacaba usted al Sr. Nuñez de Arce, que es tan buena persona, para defender al bribon de Torquemada! ¡Es mucho afán de llevar la contraria!

He dicho que transigía con la devoción aristocrática del Sr. Valera porque me parece de todo punto inofensiva. Yo no soy de los que excomulgan á un demócrata por haberle hallado besando la mano de una dama encopetada. Goethe suponía que la mano más digna de ser besada el domingo, era la que había cogido la escoba el sábado. Me adhiero con toda el alma á esta delicada lisonja que el gran poeta dedica á las hijas del pueblo; mas para que la verdad quede en su punto, es necesario hacer constar que la escoba no tiene el privilegio de embellecer las manos, ántes por el contrario las torna duras y acrece sus dimensiones, por lo que no es gran maravilla que el Sr. Valera, y con él otros muchos, sean más dados á adorar manos aristocráticas que plebeyas.

Pero estos instintos que alejan á ciertos escritores y oradores demócratas de lo que ha dado en llamarse cuarto estado y los arrastra á las doradas mansiones de las nobles, responden además á una verdadera y plausible disposición del espíritu, que detesta lo vulgar y lo adocenado, que ama lo brillante y lo distinguido.

Ernesto Renan ha convertido en sistema lo que no pasaba de vergonzante inclinación, pretendiendo sustituir á la aristocracia de la sangre, que ya no tiene ninguna significación positiva en nuestra época, otra más verdadera y respetable; la del talento.

En efecto, ya estamos cansados de que por un palo más ó ménos oportuno y fecundo en consecuencias, aplicado en tiempo del rey que rabió, llamemos hoy todavía á un descendiente del inclito apaleador, «Marqués del Real-Trancazo.» ¡Cuánta

mayor razon existe para expedir títulos de nobleza á los que han dado á la humanidad una obra impeccedera? ¿Por qué no habría de titularse el señor Castelar «Principe de la Elocuencia,» el Sr. Valera «Baron de Pepita Jimenez,» el Sr. Revilla «Marqués de las Dudas y Conde de las Tristezas?»

Lo dicho basta para comprender que, si bien el Sr. Valera es un bravo campeon de la idea democrática, no se juzga obligado por esto á comer callos y caracoles. Ama la atmósfera perfumada de los salones y se aleja del pueblo que no se lava con jabon de olor. O lo que es igual, algunos sienten al pueblo en el corazon; el Sr. Valera lo siente en la nariz.

Doy de mano al carácter del Sr. Valera, porque me siento sin fuerzas para llevar adelante mi exploracion. Temo llegar á ser indiscreto (si es que ya no lo he sido), levantando un poco más la punta de la cortina. Veamos si para terminar logro dar mayor precision al género de su oratoria.

Es una elocuencia original la del Sr. Valera. Procede en sus discursos con un tan ameno desorden, que nadie echa de ménos la ausencia de proporciones y la excesiva copia de incisos y paréntesis. Es una conversacion que el Sr. Valera sostiene con el público, sin que nadie le interrumpa. Dice todo cuanto le viene bien; pero por un extraño capricho quiere hacer pasar por pueriles indiscreciones las más acerbas de sus diatribas. Es regla general que yo entrego á la delicada observacion de mis lectores: cuando el Sr. Valera hace una salvedad, es que nada deja á salvo; cuando vacila, es que está muy decidido; cuando su intencion era otra, no lo duden ustedes, era la misma.

Pero esto es llamarle embustero, me dirá alguno. Distingo, digo yo siguiendo el ejemplo del padre Sanchez: cuando Moisés, por encargo divino, escribió las tablas de la ley, prohibió en absoluto la mentira, pero lo hizo sin contar con el Sr. Valera. Al lado de la regla debió consignar, á mi juicio, la excepcion, y conceder carta blanca á nuestro orador para decir cuanto se le ocurriese, fuese verdad ó no. Pues qué, ¿no valen más las mentiras del Sr. Valera que las verdades de todos los demas? ¿Cuánto más chistoso es el Sr. Valera que Pero Grullo, con ser éste el hombre de más verdad que se ha conocido? Además, nuestro orador sabe desenterrar con mucha oportunidad verdades que yacen en el polvo injustamente olvidadas. Cuando alguno de esos señores que pasan la vida sobando manuscritos, echa sobre los tiempos pasados todo el color rosa de su paleta, ¿con qué alegría veo al señor Valera tomar el pincel y arrojar sobre el rosado cuadro unas docenas de manchas rojas ó negras! ¿Sale de alguna sacristía un orador lamentándose de la inmoralidad del teatro moderno? pues ahí tienen

ustedes al Sr Valera demostrándole inmediatamente que no sabe lo que se dice, porque nuestro teatro de los siglos XVI y XVII es bastante más inmoral que el presente. ¿Quiere algun otro ensalzar el fervor religioso de otras épocas? pues el Sr. Valera pone con presteza de relieve cuanto había de brutal é irrespetuoso en este fervor. Todo razonado con tan graciosos y picantes ejemplos, que ordinariamente el inadvertido reaccionario vuelve á su guarida maltrecho y amoscado para no salir más de ella.

Doy fin á estos renglones, haciendo presente á mis lectores, que cuando sientan impulsos de ahuyentar por algun tiempo sus pesares sin menoscabo de la pureza del espíritu, dirijan sus pasos al Ateneo de Madrid, y si el Sr. Valera está hablando, siéntense para escuchar humildemente la palabra más culta, más ingeniosa y más chispeante de nuestra patria.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LOS ANTEPASADOS

INGO.

VIII.

LA ÚLTIMA NOCHE.

Sobre las torres del burgo real librábase la eterna lucha entre los malos espíritus del huracan y el Dios bondadoso que protege todos los crecimientos sobre la faz de la tierra. Las impías potestades extendían gris manto de nubes entre la luz del sol y el suelo, y sombríos pensamientos y afanoso cuidado por la suerte de los que amaba oprimían el ánimo de Ingo. El alito de la tempestad empujaba á través de las mal unidas tablas copos de nieve hasta los lechos mismos de los Vándalos; aún el feliz poseedor de una velluda piel de oso sentía el diente agudo del frio; apretábase de dia al rescoldo del hogar, y cantaba cabizbajo: «Tiempo de nieve, mal tiempo para el viajero; su mejor amigo es la leña de abeto.»

Los encarnizados enemigos de la vida separan tambien con espesa costra de hielo la límpida corriente del aire, y en vano la ninfa que habita la fria profundidad golpea colérica el cristalino muro. Pero lo que se agita bajo el helado témpano, lo que el pensamiento de Gisela esconde, no, nadie lo sabe; silenciosa permanece mientras disputan los hombres, é inalterable continúa su fria amistad al ex-

* Véanse los números 150, 151, 153, 154, 156, 159, 160 y 161; páginas 16, 50, 109, 146, 212, 135, 339 y 373.



tranjero: sólo el Rey echa de ver ménos alivez en las palabras de la Reina.

Cuando el viento del Norte hacía oír su fúnebre canto, ocurrióle á Bisino impacientarse contra sus huéspedes; pero pronto dominaba la benevolencia, y al primer rayo de sol que enrojecía el blanco manto de nieve oíasele decir:

—Pláceme este invierno, pues la conversacion agradable me entretiene á la mesa y en la cámara.

Además de las expediciones venatorias, tuvo Ingo ocasion de acompañar al Rey en una correría por tierra de una tribu sajona; los Vándalos tomaron parte en ella, y cuando los héroes regresaron victoriosos y ricos del botín, el Rey alabó públicamente el buen sable de Ingo: desde entónces los soldados y extranjeros sentáronse fraternalmente en las mismas mesas.

El sol de primavera derritió la nieve; verde tapiz brotó del suelo, y en las almas de los hombres la esperanza de nueva vida y el deseo de abandonar las tétricas moradas del invierno. Llegaron del Sur las primeras bandadas de alados emigrantes, y con ellos Volkmar el cantor: en la sala del Rey entonó trovas relatando pasados combates de dioses y héroes, pero al oído de Ingo cantó suavemente las querellas de un ave perdida entre los bosques. Contóle que la discordia reinaba en el ántes pacífico dominio, y turbaba el descanso de los ancianos. Theodulfo apenas convalecía; el favor de Sintram aumentaba; Answaldo mostrábase duro con sus servidores, y el cantor había sido invitado á la boda, que se realizaría en el mes de Mayo. Tambien desde el burgo real partieron mensajes á los bosques; Wolf recibió una licencia para visitar el país; ántes del viaje habló en secreto con su señor y con Berthario; en el camino descansó en las casas de Rothario y de Bero, y con éste, por excusados senderos, pasó los bosques al Mediodía del Main: su vuelta aclaró más de un semblante en el albergue de los desterrados.

Por fin, la corriente rompió su cerco de cristal, y ansiosa de libertad desbordó sus ondas sobre la naciente yerba de las praderas; las aguas se hincharon con aterradora rapidez, y los hombres miraban con espanto su indomable poder; pero el vendabal levantó su potente soplo, disipó en húmedo é impalpable polvo las ondas furiosas, y secó los campos hasta el borde de los cáuces.

El halconero había adiestrado dos halcones pollos que ya se lanzaban sobre aves de poco tamaño; Herminio, el hijo del Rey, suplicó á su padre una mañana que le acompañara á probar la destreza de los alados cazadores; preparado estaba el caballo del Rey para la cetrería, cuando penetró en el patio un mensajero y comunicó al Monarca noticias que frunciéron sus cejas; mandó retirar el corcel y en-

comendó el muchacho á la Reina y á Ingo. El sol calentaba; Ingo cabalgaba por vez primera al lado de la Reina, sin acompañamiento y en rasa campaña. El halconero había soltado los halcones, y el Príncipe con Balda y sus servidores voceaban y corrían en pos de los pájaros; pausadamente seguía la Reina. Con enardecido rostro hostigaba el brioso corcel y sonreía á su caballero, que miraba con gusto la hermosa figura de la Reina, y solícito atendía á los peligrosos saltos de la cabalgadura. Como él una vez fuera en auxilio cogiendo las riendas, detúvose la Reina y dijo:

—Aún recuerdo el día en que hiciste á la niña el mismo servicio; juntos y muy léjos de aquí corríamos sobre matizadas flores; entónces no estaba tan segura sobre la silla, pero no quería que lo conocieras.

—Aquel día,—contestó Ingo con alegre abandono,—eran más redondas las mejillas de mi régia prima, y tambien más cortos los rizos de su cabellera. Pero cuando te acercaste á mí al llegar á tu palacio, y al Rey hablaste del antiguo tiempo, á través de tu altivo semblante ví el rostro encantador de la doncella y comprendí que á tí debería todo el bien que del Rey recibiera.

La Reina sonrió; de nuevo castigó al caballo, y así prosiguieron hasta que los cazadores perdiéronse de vista detrás de un altozano; paró entónces Gisela y habló así:

—Muéstrame tu agradecimiento, Ingo; gran placer me causa escuchar que me aprecias. Léjos de nuestro país, los dos hemos suspirado en tierra extraña, desde que el odio de los nuestros nos separó; pero nunca te he olvidado, y por tí preguntaba á cada viajero que por el Sur llegaba á mi castillo. Hermano en la desgracia fuiste siempre para mí; ¡con qué orgullo sabía la nobleza con que soportabas tu pesada suerte! Y cuando al fin te acercabas á nosotros, ¡qué alegría la mía!

Diciendo esto, mirábale con cariño tal, que Ingo, bajo el encanto de aquella mirada, asió la blanca mano de la Reina, y ésta, con el marmóreo brazo extendido y los ojos clavados en su compañero, cabalgó largo espacio; de pronto retiró su mano, de nuevo castigó al caballo, y en vertiginosa carrera volvía el hermoso rostro para ver si Ingo la seguía; moderó otra vez el violento aire, y otra vez habló risueña:

—Uno hay que cuenta hacer de tí su halcon de caza; pero el águila que cruza el aire, se busca camino mirando siempre al sol. Tú, primo mio, no has nacido para servir á otros, y el que trate de domesticarte cuide que tus garras no le hieran.

Desde el principio de la franca conversacion había Ingo deseado decir á la Reina algo de su secreto del bosque, siempre al enamorado espíritu pre-

sente; pero ni las palabras ni los ojos de la Reina habíanle hasta este punto ofrecido ocasion: ella fué la que, en brusco cambio de tono, dijo así:

—Y no obstante, tiempo hubo en que la noble reina de los aires vióse con las alas cortadas, prisionera en la granja de un labrador: ¡bien haya la locura del padre que cortó el vergonzoso lazo! Debes, primo mio, aspirar á más altos destinos. Solamente audaces empresas pueden ensalzarte sobre las cabezas de los demas; acuérdate á todas horas de esto, Ingo. Y ahora, busquemos á mi hijo; regocijame la inclinacion que te muestra, y no podría buscar mejor maestro para dirigir su educacion.

Miéntas corria, flotaba el amplio manto real y los dorados rizos de su cabellera azotados por el viento; de vez en cuando arrojaba el ligero venablo de que iba armada y volvía á recogerlo en su veloz carrera; pero esta vez Ingo se había quedado atrás, y sólo le alcanzó cuando se reunieron á los cazadores en el momento en que el halcon descendía con una polla de agua entre las aceradas garras.

Cuando la comitiva regresó al burgo real, observábase insólito movimiento; jinetes iban y venían, cruzaban los aposentos del macizo palacio servidores cargados de tapices y almohadones claramente destinados á honrar la llegada de ilustre huésped, y en las antecambios del Rey resonaban armas, y en las caballerizas el casco herrado de muchos corceles.

Cuando Ingo, acompañado del joven Príncipe, penetró en el dormitorio de los Vándalos, corrió á él Berthario.

—Miéntas en el bosque contemplabas los buitres, háse posado en esta régia mansion otra ave de rapiña. El César ha enviado nueva embajada, ¿y sabes quién es el embajador? El más bárbaro caudillo de las huéstes romanas, el franco Harietto, á quien llaman destructor de ejércitos; el que una noche sorprendió á unos merodeadores sajones, cortóles las cabezas á todos y las llevó á la ciudad como si fueran cogollos de col. Algo ántes de su llegada, el Rey paseaba sombrío por el patio; contestó brusca-mente á mi saludo, y sus soldados nos miraban de reojo y evitaban nuestra sociedad; á poco entró un camarero en nuestra cuádra, y anunció balbuceando que te serviría la comida en tu propio aposento, para que no te encontraras con el romano en la mesa régia.

—Si no es en la mesa, será en el patio,—contestó Ingo;—no oculto mi rostro de nadie; si de su mensaje soy objeto, bueno es saberlo cuanto ántes. Ven, primo,—dijo al niño;—veamos el porte de los extranjeros y la acogida que les hace el Rey.

Y ambos se dirigieron á la gran plaza de armas delante del pabellon real. Allí estaban los extranjeros al pié de sus caballos miéntas el Rey nombraba al enviado romano los principales dignatarios

de la corte, y éste les saludaba con marcial gesto y sóbrias palabras. El franco-romano levantaba casi toda la cabeza entre los Thuringios; parecía un gigante; sus hombros y miembros eran desconunales; sus brazos estaban adornados con brazaletes, y sobre su cota de escamas brillaban doradas medallas con el busto imperial; bajo el yelmo aparecían sus pobladas cejas, y su dura mirada destruía el efecto de una imperceptible y cortés sonrisa.

Un movimiento del Rey y su huésped lo puso frente á frente con Ingo, que saludó al Rey silencioso y entrególe el niño; Bisino cogió rápidamente la mano de éste y lo atrajo hácia sí. La mirada del extranjero se clavó en el Vándalo, y un movimiento de su mano hácia el puño de la espada pareció dar á entender como si pensará degollar allí mismo al enemigo de su señor; no obstante, Ingo, le saludó, y aproximándose, dijo:

—La última vez que nos vimos, héroe Harietto, fué en empeñado trance; allí, tu sable levantado contra mí, me parecías más digno que ahora que extraña voluntad detiene tu mano al ir á saludarme.

—Quisiera poder decirte, héroe Ingo, que tu encuentro me es grato. Pero ahora no soy más que el cuñado del gran Romano, que no te muestra favorables sentimientos.

—Tampoco alabo comision que á un bravo guerrero le impide saludar en plena paz real al adversario con quien ha medido sus armas.

—A ambos los coléricos dioses nos han arrojado de la patria á las filas de extranjeros ejércitos; ambos estamos ligados por juramentos.

—Pero tú sigues la bandera de extranjeros, yo la de mis compatriotas.

—En el campamento de los Romanos resuenan las mismas trovas que en el de los Alemanes,—contestó el Franco.

—Las que yo aprendí en mi infancia me enseñaron á odiar la dominacion extranjera,—dijo Ingo.

—Cuando todos estemos bajo la bandera del César, nosotros seremos los Romanos.

—A ella llamas á todos los que aquí están menos á uno; no te irrite, pues, que rehuse doblar mi cerviz ante el yugo del César.

Los dos hicieron una reverencia y se separaron; las gentes del Rey que se habían acercado á oír la conversacion, murmuraban y aprobaban las palabras de Harietto; pero tampoco á Ingo le faltaron partidarios, y el Rey mismo, aunque en silencio, apoyó con sus gestos las últimas del Vándalo.

El enviado pasó con el Rey á la sala, donde los servidores del primero expusieron á la vista los regalos del César. Bisino pudo contemplar con regocijo copas y platos de oro, maravillosamente adornados de pedrería incrustada, y apresuróse á

manifestar al Franco que era gran amigo y partidario del César, siempre dispuesto á prestarle agradables servicios. A esto contestó Harieto demandando secreta conferencia, y apénas por órden del Rey quedó el aposento despejado, exigióle la entrega de Ingo.

Bisino quedó aturrido, reflexionó largo rato, y al cabo contestó que la exigencia era muy dura y requería tiempo dar la contestacion; que entre tanto el Franco podía quedarse en su palacio como agradable huésped. Harietto apremió por decision inmediata, ofreció mejores regalos y por fin amenazó. Esto último exasperó el orgullo del Rey, que entre coléricas voces contestó que lo que rehusaba á corteses peticiones no lo concedía jamás á amenazas. El extranjero salió del aposento, fuése con los suyos á los que habitaban los soldados del Rey, y entre éstos repartió con largueza regalos y bebió amistosamente.

El Rey no sabía qué partido tomar; al fin se dirigió á la cámara en que guardaba sus tesoros; y sentado en un taburete contempló con oprimido corazón las nuevas adquisiciones y apreció mentalmente las sartas de dorados brazaletes, las grandes bandejas y las hermosas tazas y copas. Con trabajo levantó una enorme fuente de plata que al reflejar su contrariado gesto hizole pensar así:

—Triste figura es la que veo. El Franco me ha traído soberbias cosas, aunque la mayor bandeja es plata sobredorada, regalo á la verdad no muy digno de un rey. Pero con disgusto renunciaría á todo lo que me ha prometido y que no me dará si yo no le doy á Ingo vivo ó muerto. Y tambien si echo sobre mí tamaña alevosía voy á ser el escándalo de todo el pueblo, que verá en mí un vil satélite del extranjero, capaz de vender á peso de oro la vida de su huésped. Y yo mismo echaré de ménos al hombre que ha sido un fiel camarada en la caza, en la mesa y en el combate. Pero, por el contrario, que me empeñe en defenderlo, ya me ha caído obra larga; vendrá la guerra, la guerra eterna á roer mis tesoros, á agotar las fuerzas de mi pueblo, á sacudir y acaso derribar mi trono.

Su vista, hasta entónces vaga, fijóse en una espada cuya empuñadura brillaba sobre el oscuro muro.

—Arma de rey, herencia de mi estirpe, en cantos alabada y por el pueblo temida, más de una muerte has hecho; un dios dice la tradicion que templó tu acero, y hoy me maravilla que así atraigas mis ojos en este momento.

Y suspirando prosiguió:

—A su lado he bebido, cazado y combatido; debo desearle un fin tan glorioso como el de su padre, á quien la vida fuésele en un momento por las anchas heridas de su pecho. Pues que no puedo sal-

varle, al ménos que tenga toda la honra que puede merecer un rey.

Levantóse Bisino y empuñó el arma; entónces sintió su brazo suavemente detenido; estremeciése y blandió el acero; ante él vió á Gisela, que le contemplaba con burla.

—¿Sale el Rey á campaña con su vajilla, que así sable en mano le pasa muestra?

—¿Y en qué, si no en el tesoro, reposa mi poder real?—preguntó el Rey de mal talante.—¿Cómo he de fijar los veleidosos ánimos y arrancarles un juramento de fidelidad mas que á fuerza de extranjero metal? Todos lo piden y en el país no lo hay; ¿de dónde he de sacarlo sino comprándolo á los extranjeros?

—¿Conque el Rey va á vender el hombre á los Romanos?—exclamó la Reina, cuyos ojos despedían fuego.

—¿Quién me lo impediría si quisiera hacerlo?—murmuró el Rey.—El tal extranjero ha caído como un buho sobre un árbol; todos los pájaros le rodean y chillan contra él. No ha de pasar mucho tiempo sin que los reyes del Oder me pidan tambien su cuerpo.

—No me engañas,—gritó la Reina dando suelta á la cólera;—mira bien, Bisino, si despues de tamaña vileza podrás soportar la vida; yo no. Y al hombre perjuro que por un puñado de oro vende á extranjeros el huésped sagrado, le niego para siempre mi mesa y mi lecho.

Los ojos del Rey lanzaron siniestro brillo.

—¡Oh! mi señora Gisela, muy léjos van tus pensamientos; más allá de donde apuntan.

—¿Quién más que la esposa se interesará por el honor del Rey?—dijo la dama luchando para contener su emoción.—Si no te crees con poder para defenderlo de los Romanos, despídele de tu corte; más vale aparecer débil que no desleal.

—Y la ofensa me proporcionará un enemigo mortal,—objetó el Rey.

—Lígalo con un juramento; es de los que jamás los quebrantan.

—¿Quiere la Reina persuadirle á que jamás piense en la venganza?—preguntó el señor con suspicacia.

—Quiero, si al Rey conviene,—contestó Gisela con sorda voz.

Y ambos quedaron contemplándose, con un infierno de malos pensamientos y silenciosos; por fin habló el Rey:

—A lances apurados conviene la rapidez; Gisela, por tu propio bien, llámale esta noche á tu aposento, y en la silenciosa torre, en secreta conferencia, haz lo que puedas para que esto acabe bien para todos.

Los ojos de la Reina se clavaron en el suelo; su rostro palideció, y contestó á su esposo:

—Haré lo que me ordenas; le aconsejaré que parta.

Y volvió la espalda al Rey, que la siguió con sombría mirada.

A la caída de la tarde, la Reina esperaba en el aposento de la torre; los pájaros nocturnos coronaban ya los muros y presagiaban la desgracia que allá dentro esperaba á uno; las bocanadas de viento que atravesaban la entreabierta ventana hacían oscilar la llama de la antorcha, y la sombra de la hermosa dama corría trémula de un ángulo á otro del aposento. Gisela estaba en el centro de éste, en solemne traje, la roja diadema sobre la frente, inclinado el pálido rostro y las manos crispadas.

—¡Marchar tú, Ingo! ¡Oh tormento para mí más insoportable que la muerte!... Pero si te quedas, de tres sobra uno.

Recogióse y escuchó; de la profundidad subía un murmullo y algo como ruido de armas. Entónces tomó la antorcha del candelero, sacóla fuera de la ventana, y el humo y la llama asustaron á los buhos asomados á las almenas de la torre. Léjos se oyó muy pronto un grito de cazador; la Reina retiró la luz y corrió un pesado tapiz delante de la ventana. En las escaleras se oyeron pasos de hombre.

—Él es,—dijose á sí misma.

Pero al abrir la puerta retrocedió; estaba ante ella el rey Bisino; su rostro estaba sombrío; cubría su membrudo cuerpo una coraza y la cabeza un yelmo de acero; en la empuñadura del sable brillaba una piedra roja como sangre.

—La Reina está adornada como para una boda,—dijo con cólera.

—Tú lo has querido.

—Y también quiero ser testigo invisible de vuestra conversacion; y para que te animes á cumplir mi mandato, te hago una advertencia: abajo, al pie de la torre, acechan dos de mis vigorosos muchachos; si baja sin mí no pisará vivo el umbral.

—Cuerda prevision,—contestó Gisela.

Y su mirada se fijó en el sable del Rey.

—Sangrienta brilla esa piedra en la empuñadura de tu sable, arma mortal de tus abuelos.

Y dominando apenas su terror prosiguió:

—Las armas de los hombres están desterradas de los aposentos de las reinas; ¿por qué el Rey no acata mi derecho?

—También esto es prevision, Gisela.

Dirigióse al fondo de la cámara, abrió una disimulada puerta y desapareció tras ella.

La Reina quedó de nuevo sola, y la cólera de sus pensamientos desató su furor.

—Un crimen medita el Rey, y quiere que yo le ayude en su villana empresa.

Otra vez sonaron pasos y está entró Ingo del todo desarmado.

—Mucho te agradezco, prima Gisela,—comenzó cordialmente,—que hoy me abras las puertas de tu torre.

Su vista recorrió el suntuoso aposento, los labrados tapices y caprichosos muebles.

—Desde que perdí á mi madre no he pisado el lujoso gabinete de una Reina. Y tú misma, prima, ¿por qué tan majestuosa? Perdóname si no acojo alborozado el honor que dispensas al pobre Ingo.

Y cogió su mano, que ella retiró con el rostro ruborizado á pesar de la angustia; al hacerlo díjole con voz imperceptible.

—Más fácil es subir hasta aquí, que volver á salir por la puerta de la torre.

—Ya he visto en acecho soldados del Rey; nada me maravilla desde que sé que Harietto ha logrado cambiar en daño mio los sentimientos del Rey; yo te suplico que cuides en cuanto puedas que nada vergonzoso me resulte. Cansado estoy ya, Reina, de mi terrenal destino; cargo soy para el más cariñoso huésped; á todas partes llevo mi miseria, y como á rabioso lobo me persiguen de asilo en asilo; desprecio tal vida, pues de más altos destinos me creo digno; y estoy decidido á que las cadenas romanas no sujeten mis miembros en vida. Si mi suerte no puedes cambiar, salva al ménos, yo te lo suplico, á mis fieles camaradas, á ese errante enjambre, de una muerte deshonrosa. Con gusto pelearán contra cualquiera; sólo les aterra la traicion que invisible puede anonadarlos, encerrados como están entre altos muros.

Embargada contemplaba la Reina la disimulada puerta; de pronto un grito se escapó de su garganta; el Rey apareció y gritó:

—También tú estás encerrado y ha llegado tu última hora.

Y con el sable en alto avanzó contra Ingo; pero como una leona Gisela corrió á su esposo, sujetóle el brazo y el arma resonó sobre el pavimento. Ingo la recogió del suelo y blandiéndola sobre el Rey le dijo:

—En mis manos está tu vida, rey Bisino, y de poco te aprovechará tu coraza, si quisiera obrar contigo como conmigo pensaste hacerlo. Si en algun Dios confías, agradécele que el juramento de hospitalidad sea para mí más sagrado que lo es para tí.

Y arrojó el arma á los piés del Rey; un gemido tembló en el aposento.

El Rey miró confuso en torno suyo.

—Hablas como un hombre; toma tu sable de la escalera y combatamos.

—Te he jurado paz,—contestó Ingo sin moverse.

—Y yo á tí; pero el juramento está roto y eres libre; ármate.

—No quiero luchar contigo, por mi vida; tu cabe-

za real me es sagrada á pesar de lo que has intentado en daño mio; no quiero tampoco ayudar á que la fama de tu mujer se empañe con la sangre de uno de los dos, vertida delante de su lecho. Pues debo ser sacrificado, no me quejaré siéndolo por tu mano; hiere y sabe que te agradezco el honor.

Inclinábase el Rey para levantar el arma, cuando se apercibieron alaridos y gritos de guerra; Ingo se estremeció.

—Maldito de mí que en mi propia adversidad olvidé la de los míos; pero oigo el canto de mis ánades y corro á ellos; guarda, Rey; ya tengo lo que ha de domeñarte.

Y con la rapidez del huracán rompió por la puerta mientras el Rey le seguía con el sable enarbolado y gritando:

—Los que te esperan abajo no conocen la piedad.

Pero Ingo bajó pocos escalones, cogió la espada y penetró en una habitación donde dormía el tierno príncipe junto al héroe Bolda. Tomó al niño del lecho, apretóle á su pecho y murmuróle al oído:

—Ayúdame, Herminio; la muerte me amenaza; no te haré daño, si tu padre no se lo hace á los míos.

Y el niño, medio dormido en sus brazos, rodeando su cuello, contestaba sin recelo:

—Sí, primo, yo te ayudaré.

Antes que el anciano guardian se hubiese apercibido, ya estaba Ingo á la puerta del gabinete de la Reina; el Rey dirigió contra él la espada, pero retrocedió estremecido al ver á su hijo bajo el cuchillo del Vándalo.

—Delante, rey Bisino,—gritó Ingo con imperio;—ábrenos camino; la vida de tu hijo responde de las de mis compañeros. Queda en paz, Gisela, y pide á los Dioses que no acabe esta noche la régia extirpe de Thuringia.

Los dos hombres bajaron rápidamente; la Reina escuchaba sin respirar los pasos que se atropellaban sobre la escalera. ¿Quién volvería? ¿el que le había arrebatado el hijo? ¿el Rey? ¿acaso ninguno? Y los pensamientos se agolpaban en su imaginación; sentía odio contra el que había despreciado su socorro; sentía angustia por la vida del mismo, y angustia también de volver á verse en presencia de su esposo. Asomóse á la ventana y escudriñó la tenebrosa noche; oyó un murmullo lejano, algunos gritos más cerca, despues nada; vió un momento el resplandor de una llama y también se apagó; quedó la noche, negra é indescifrable como su propio destino.

En los últimos escalones se detuvo Ingo.

—Bisino, retira tus perros; sus dientes alcanzarían á tu hijo.

El Rey obedeció, y sus satélites desaparecieron. Como un corzo perseguido corrió Ingo al albergue de sus gentes; tanto corría, que el Rey no pudo seguirle.

Alrededor del pabellon estaban las gentes del Rey, armados de escudo y pica, alguno con la tea en la mano. Delante de la escalera chisporroteaba una hoguera, y su vacilante luz, al penetrar en el oscuro aposento, iluminaba los feroces rostros de los Vándalos.

—¿Qué estais ahí mirando, mochuelos? ¿os hace daño la luz?—gritaba Berthario desde la escalera.—Maravilla sería que os avergonzara lo torpe de la acción, bergantes, acostumbrados á herir en la oscuridad. ¿O es que temeis que mi espada os separe del cuerpo la antorcha y el brazo cobarde que la sostiene? Aquí, más cerca, malvados; que todo el mundo os maldiga como violadores de la paz jurada; adelante, mis muchachos os dispondrán para el último viaje.

—Palabras groseras son la moneda de mendigos vagabundos,—contestaba Hadubaldo:—bien has aprendido á pagar con ella, comiendo siempre á costa de otros. Sois gente inútil sobre la tierra, y ya no volveréis á trastornar con vuestros gritos los hogares pacíficos.

Con estas invectivas se preparaban ambos bandos al combate; entónces atravesó Ingo la revuelta tropa con el niño en los brazos; subió la escalera y detúvose entre sus fieles compañeros. Las aclamaciones de los Vándalos atronaron la sala, é Ingo, vuelto á los agresores, gritó dominando el estrépito:

—¡Atras, héroes de Thuringia! Ved aquí vuestro príncipe que os impone tregua; si no quereis atraer la desgracia sobre su cabeza, que ninguno de mis hombres sea herido. Bien venido el Rey á mi albergue,—dijo á Bisino que se acercaba;—paz signifique su llegada. Pisa, Rey benévolo, el aposento de tu huésped, y que las armas no decidan este conflicto; y tú, Herminio, primo mio, ayúdame á mover el ánimo de tu padre.

Entónces dejó al rapaz en tierra, amenazada su cabeza por el cuchillo; el niño cogió la mano de su padre y quedó así entre ambos héroes.

—Encended las antorchas en la hoguera,—ordenó Ingo á los suyos;—que todo el mundo despeje; guerreros Vándalos, custodiad desde la escalera el Consejo de reyes.

De mal talante hizo Bisino la señal para que los suyos dejaran libre el paso, y despues mandó á Hadubaldo ocupar la escalera con número de Thuringios igual al de Vándalos. Ingo acompañó al Rey al levantado estrado donde estaba su lecho, sentóse frente á aquél y mantuvo su brazo ceñido al cuello del joven príncipe; Bisino, ceñudo y vacilante, tomó asiento.

—Por la vida de mi hijo piensas obligarme á respetar la tuya y la de tus camaradas; pero entre ambos se ha levantado el rencor, y poco ha de durar

la reconciliación. Si hoy escapás á mi cólera, te alcanzará mañana ó cualquier día; pues aunque las súplicas de este niño abran hoy mis garras, bien sabes cuán léjos alcanza el poder del rey, y mi venganza ha de perseguirte como rabiosa fiera.

—Acato tu poder, rey Bisino, y bien sé que me sería imposible atravesar tus puentes y trotar sobre tus campos si tu cólera me siguiera los pasos; pero tu honor te aconseja ser para mí tan leal como exigen nuestros juramentos. A singular combate me has invitado; oferta honrosa para el máspreciado héroe: ¿qué más gloria para mí que caer bajo tu espada, ó si lograba enviarte á las celestes salas, morir con los míos al filo de la espada de los irritados Thuringios? Y á pesar de eso no he querido luchar contigo, mi señor y mi huésped, pues me has mostrado amistad, he recibido beneficios en tu corte, estimo á tu esposa y al hijo que ahora tengo en mis brazos, y de tu inclinación he esperado algo que hubiera sido la alegría de mi vida; por todo esto he renunciado al honor de medir mi espada con la tuya.

—Como siempre, tus palabras son cuerdas y tu comportamiento digno; pero á tu perdición me empuja mi oficio de rey, que á nada atiende sino á lo que exige el deber del que es cabeza de todo un pueblo. Pues sabe, hombre desgraciado, que el César exige que te entregue á su embajador.

—Y el rey de un pueblo independiente, ¿obedece á un Romano envidioso como el último vencido?

—Ese Romano azuza contra mí á los Rattos, que siempre están demasiado dispuestos á buscarse esclavos y ganados en mi pueblo; en defensa tuya deberían los Thuringios entonar el canto de guerra.

—Ponme á la cabeza de tu ejército, y sólo volveré vencedor.

—¿Y crees que serías bien venido para mí con el lauro de la victoria? Peor que casándote con aquella heredera. En las batallas de los Thuringios no manda nadie más que el Rey.

Entonces Ingo, colocando su mano sobre la cabeza del príncipe, dijo con tristeza:

—Como este niño crecí yo ufano al abrigo de una corona real; é inocente como él era yo cuando fui arrojado de mi patria. Piensa en esto, Rey; la suerte de los hombres cambia por extraños modos, y no sabes la que á tu hijo está preparada. Los Dioses, que disponen de los destinos humanos, exigen que seamos fieles á nuestras promesas; cumple los juramentos que hiciste al mismo Ingo, para que las divinidades no tomen venganza en la cabeza de tu hijo.

—En la suerte de mi hijo, y en asegurar su futura grandeza, pensé cuando me decidí á quebrantar la paz jurada contigo.

—Pues bien, deslígate del juramento sin excitar la cólera divina,—dijo Ingo suplicante;—á mí y á los

mios despidenos de tu castillo y de tus dominios, sin daño ni ultraje; tu pueblo no te pedirá más, y el Romano no puede exigirte otra cosa sino menospreciando tu honra. Ayúdame, Herminio, y ruega á tu padre por mí.

Arrodillóse el niño, y abrazando las rodillas del Rey, dijo:

—¡Padre mio, no hagas mal á mi primo Ingo!

El Rey miró largo tiempo al muchacho, sobre cuya cabeza estaba la mano armada de Ingo.

—¿Qué sabes tú lo que pides!—dijo por fin.

Y volviendo al Vándalo sus ojos compasivos, prosiguió:

—Ingo, yo te permitiré salir incólume con toda tu gente de mi burgo y de mi reino, si me juras no tomar jamás venganza de esta noche, no intentar nada que dañe á mi hijo y no buscar alianza con los señores del bosque.

—Por mi vida lo juraré si el Rey me jura por la salud de su hijo recordar ciertas palabras que no há mucho tiempo me dirigió, y cerrar sus ojos á mis acciones, siempre que á otra cosa no le impulse poderosamente el clamoreo de su pueblo.

Iluminó el rostro del Rey sombría sonrisa.

—Juraré si me confías tus intenciones.

Ingo asintió con un gesto.

—Acércate, pues, y dime tu secreto.

Los dos reyes hablaban en voz baja, y el muchacho, sentado entre ellos, abrazaba las rodillas de ambos.

Sobre los escalones, separados y amparados de sus escudos, estaban Vándalos y Thuringios; y al frente de cada tropa, sentados en pequeños taburetes, Berthario y Hodubaldo. Este último empenó la conversación, diciendo:

—Se me figura que la conferencia de los señores promete un fin pacífico; si te parece, apaguemos la cólera con un buen trago; el aire de la noche es demasiado fresco.

—Asesino, incendiario,—dijo Berthario por contestación.

—Mal haces en reprochar al servidor lo que hace en provecho de su amo.

—Ladron nocturno, ahora que crees imposible hacerme pasar un trago amargo, me brindas con el de cerveza.

—El que se niega altivo á verter licor en la copa de despedida, guárdese de no verter su sangre en la verde pradera.

—En la verde pradera, en el bosque sombrío, en este maldito albergue, donde quiera, tienes seguro el último golpe en cuanto no te proteja la amistad de nuestros señores; estás advertido, y bastante hemos hablado.

La conferencia de los reyes duró largo rato; por fin exclamó Bisino:

—Vengan copas, sumiller; bebamos por el amor ántes de que nos abandone el héroe Ingo.

Los hombres que ocupaban los escalones abrieron paso apresurados; el sumiller corrió y volvió con un gran vaso de hidromiel, sobre el cual los reyes hicieron sus juramentos, que repitieron sobre la cabeza del niño.

—Y ahora, Ingo, separémonos,—dijo Bisino;—siento que en vez de un héroe errante no seas un señor, deudo de mi casa; y ¡quién sabe! tal vez entónces me inspirarías más recelos.

—Consérvame tu amistad, señor,—contestó Ingo agradecido.

Y volviéndose al viejo, díjole con alegre rostro:

—Prepara la marcha: nos vamos.

—Con la luz del sol entramos,—contestó Berthario,—y mi señor y sus héroes no saldrán como ladrones nocturnos. Si quiere nuestro jefe que rompamos ántes que cante el gallo, tus soldados, rey Bisino, han de alumbrarnos con sus teas: bastantes han amontonado alrededor de nuestra casa, sin duda para que á nuestra despedida no falte la claridad que el sol nos niega.

Un momento miró el Rey, colérico, al atrevido; pero se repuso y dijo:

—Sabes combatir por tu señor con lengua y espada. A caballo, orgullosos huéspedes, y vosotros, muchachos, encended las antorchas; el Rey acompaña á sus huéspedes hasta la puerta.

Ya sobre el puente, se despidió Ingo del Rey y de su hijo, y todos pudieron ver con asombro que aún el Rey corrió otra vez al Vándalo más allá del tablado del puente y le abrazó y besó con efusión. Berthario reía viendo los desconcertados semblantes de los hombres del Rey; al romper la marcha dijo á los Vándalos:

—Al paso, no crean que tememos algun saludo por la espalda.

Y andado un buen trecho, exclamó:

—A la cabeza, Wolf, y apretar los caballos; el aire de la noche es fresco; no hemos salido mal de la ratonera.

Cuando la puerta se cerró tras los viajeros, el Rey se volvió los suyos:

—Al que charle mañana ó cualquier día algo de lo que ha presenciado esta noche, ó al que bebiendo con los Romanos le acontezca murmurar como hoy se ha hecho, el Rey se encarga de atajarle la lengua para siempre.

Después tomó en sus brazos al niño, dormido, y lo llevó á su propio aposento; al pasar junto á la torre miró con torvo ceño hácia el camarín de la Reina. Allí adentro estaba una mujer desolada, reclinada la cabeza en el alfeizar de la ventana, persiguiendo el rumor de voces y de herraduras que sonaba á lo léjos. En tanto pensaba el Rey:

—Más nos convendría á los dos que su raza no fuera tan ilustre; el castigo la haría acaso volver á mi amor. Ha querido romper nuestros lazos y ha detenido mi espada; ¿si creerá que he de olvidarlo nunca? Por lo que hace al Romano, estoy muy contento de no haberle dado gusto; la exigencia era indigna, y el mensajero por demás altivo. Yo también le doy plata en vez del oro que codicia.

Y á la mañana siguiente llamó al asombrado Harrietto y le dijo:

—Por amor al César he hecho lo que mi honra me permitía y nada más. He retirado al huésped sus derechos y le he hecho abandonar mis dominios sin acompañamiento; á estas horas corre sobre las praderas muy léjos de aquí.

Cuando el Rey volvió á su guarda-joyas corrió á contemplarse en la enorme vasija de plata y suspiró:

—Un cuidado se ha ido y otros vienen; sólo una cosa me satisface, y es que el rostro que estoy viendo es un rostro honrado.

GUSTAVO FREYTAG.

Trad. de la sexta edicion alemana,
por GENARO ALAS.

(Continuará.)

MISCELÁNEA.

Los últimos inventos para escribir.

Cuando; no hace mucho tiempo, publicamos en la REVISTA EUROPEA descripciones detalladas de la pluma eléctrica de Edison y de la máquina de escribir de Remington, estábamos bien ajenos de creer que podríamos ver tan pronto en Madrid puestos en práctica en la esfera particular los mencionados inventos, que constituyen evidentes y reales progresos. Ambos objetos están funcionando ya hace dias en la Agencia telegráfica de D. Nilo Fabra, corresponsal de Havas y Reuter en Madrid y diputado á Cortes, y por cierto que no dejan que desear el éxito y la precision de sus resultados.

La pluma eléctrica de Edison es como un punzon, con el cual se escribe ó se dibuja en blanco en un papel. Cierta trepidacion interior en el puntal (y este es el efecto eléctrico), hace que los trazos, letras ó dibujos que se van señalando aparezcan hechos en el papel por una serie de agujeritos muy unidos, por los cuales entra la tinta y se verifica la impresion en otros papeles cuando, después, se coloca el primitivo papel en una frasqueta para tirar muchos ejemplares.

La máquina de escribir de Remington es tan útil y susceptible de tantas aplicaciones como desde luego se comprende al leer la descripcion de M. Gaston Tissandier que hemos publicado en uno de los últimos números. Después de adquirir la suficiente elasticidad en los dedos para mover con rapidez las teclas que están colocadas de una manera

bien combinada, se puede escribir con la rapidez de la lectura pausada; y solamente con este dato puede calcularse su inmensa utilidad. Un escribiente práctico, un traductor experto, un redactor de un periódico, puede entregar á la imprenta cuartilla sobre cuartilla, realizando en dos horas el trabajo de seis ó siete. Son muchas las aplicaciones que puede tener. Lo escrito, que puede llamarse impreso, por medio de la máquina, no sólo puede copiarse en el libro copiador por el procedimiento ordinario, sino que es susceptible de hacer un reporte en el acto, y tirar gran número de ejemplares en una pequeña prensa litográfica. Para cualquier aplicación la escritura de la máquina tiene la inmensa ventaja de que, en vez de producir una letra cursiva, más ó menos legible, da unos caracteres claros y sin perfiles, lo que en lenguaje tipográfico se llaman versales de egipcia ó monumentales del seis.

También hemos tenido el gusto de ver otra máquina de escribir en casa del ilustrado geólogo señor Vilanova.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL.

7 DE MARZO DE 1877.

El Sr. Bolívar lee una nota haciendo ver cómo del informe del señor barón de Selys de Longchamps, publicado en las actas de la Sociedad Entomológica de Bélgica, resulta confirmada su opinión, anteriormente consignada, de que la langosta que en España constituye verdadera plaga de carácter general, corresponde al *Stauronotus maroccanus* Thunb.

El mismo señor lee el prólogo de un *Catálogo de reptiles y anfibios de España, Portugal é Islas Baleares*, por D. Eduardo Boscá, cuyo trabajo pasó á la comisión de publicación.

El mismo señor lee una noticia, también de don Eduardo Boscá, relativa á las costumbres del *Reurodeles Waltti* Mich, estudiadas en individuos cogidos por él en las inmediaciones de Ciudad-Real.

—El Sr. Calderon presenta una nota adicionando algunas especies á su *Catálogo de vertebrados fósiles españoles*, en vista de la última revisión verificada por él en las colecciones de la Escuela de Minas y de la Comisión del mapa geológico.

El mismo señor lee otra nota dando á conocer un artículo sobre *La digestion vegetal*, del profesor Morren, de Lieja, publicada recientemente en Gante, en la cual cree ver confirmadas sus ideas emitidas en su trabajo sobre la alimentación de los vegetales.

Por último, el mismo señor presenta una *Breve reseña topográfico-geológico-minera é industrial* del valle de Valdivielso (Búrgos), por D. Ricardo Jimeno Brun, cuyo trabajo pasa á la Comisión de publicación.

—El Sr. Martinez y Saez lee una nota rectificando el aserto del señor barón de Chaudoir, que en la monografía del género *Pæcilus*, publicada en el periódico *L'Abeille*; dice que el *P. dimidiatus* Oliv. var. *cæneus* sólo habita parajes cálidos, siendo así que de ella tiene ejemplares el Sr. Martinez, procedentes de las sierras de Gredos y Guadarrama.

—El Sr. Perez Arcas presenta un trabajo inédito de D. Rafael Cisternas, titulado *Ensayo descriptivo de los peces de agua dulce que se hallan en la provincia de Valencia*. La Sociedad acuerda que dicho trabajo pase á la Comisión de publicación.

—El Sr. Rodriguez de Cepeda muestra varias preparaciones para el microscopio de *Trichina spiralis* Owen, hallada en la carne de un cerdo, á la que se atribuye la muerte de cuatro personas y la enfermedad de otras diez y nueve en Villar del Arzobispo (Valencia), á fines del pasado año.

—El secretario hace un extracto de un *Estudio Ornitológico del Real Sitio de San Ildefonso y sus alrededores*, por D. Joaquín María Castellarnau, cuyo trabajo pasa á la Comisión de publicación.

4 DE ABRIL.

—El Sr. Bolívar entrega por encargo del doctor Stal, y con destino á la Biblioteca de la Sociedad, un ejemplar de cada una de las obras de dicho señor.

—Se lee un extracto del catálogo de Plantas de la Plana de Vich, escrito por D. Ramon Masferrer, y una nota de D. Emilio Ribera, de Almería, que contiene datos acerca del terreno plioceno de las inmediaciones de esta ciudad.

—El Sr. Perez Arcas presenta la última parte de la *Enumeratio Piscium Cubensium*, del Sr. Poey, que pasa á la Comisión de publicación.

—Por encargo de D. Salvador Calderon, ausente, lee el Sr. Quiroga una nota en que aquél resume la discusión habida en la Sociedad geológica de Londres con motivo de su Catálogo de Vertebrados fósiles españoles.

—Da cuenta el Sr. Martinez y Saez de la adquisición por el Museo de Ciencias naturales de Madrid de un pez (el *Prionodon glyphis* Müll et Henle) cogido en las costas de Alicante, de cuya especie sólo se conoce otro ejemplar que, de ignorada procedencia, existe en el Museo de Berlin.

—Para justificar el descubrimiento en la provincia de Santander de restos fósiles de *Elephas primigenius* Blum citados en el catálogo referido de don Salvador Calderon, presenta el Sr. Gonzalez de Linares un molar de dicha especie y procedencia fosilizado por la zinconisa. Muestra además un astrágalo de ciervo ó buey, y por último diversos restos de ciervo y de antilope de la Cueva de Oreña, en la misma provincia.

—Propone el Sr. Vilanova el nombramiento de algunos individuos que, unidos á los ya designados por las Sociedades geográficas de Madrid y Antropológica Española, estudien la manera de organizar reuniones ó Congresos anuales que, celebrando sesiones en distintas localidades españolas, investiguen y discutan lo que haya de interesante en cada una de ellas, publicando el resultado de sus trabajos, con lo cual se difundirá la afición á los estudios científicos y se llevará la luz á muchas cuestiones importantes desconocidas y dudosas.

La Sociedad nombró para informar acerca de esta proposición una comisión compuesta de los señores presidente, Perez Arcas, Vilanova, Martinez, y Linares.

—El señor presidente puso en conocimiento de la Sociedad la satisfactoria noticia de haber resultado ésta premiada en el certámen de Filadelfia.